



**RESISTENCIA SOCIAL EN LA VEREDA BARRIO NUEVO DEL MUNICIPIO DE
LIBORINA ANTIOQUIA TRAS LA PRESENCIA DE LOS PARAMILITARES. 1995-
2005**

POR:

YESENIA PUERTA HENAO

**TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR AL TÍTULO DE POLITÓLOGA
MODALIDAD MONOGRAFÍA**

ASESOR:

LEYDER HUMBERTO PERDOMO RAMÍREZ

**PROGRAMA DE CIENCIA POLÍTICA
FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS POLÍTICAS
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
MEDELLÍN**

2023

Contenido

Agradecimientos.....	4
Introducción.....	5
Primer Capítulo: <i>Conflicto armado y Resistencia Social en Liborina Antioquia</i>.....	8
1.1. Sobre la subregión de Occidente y el Municipio de Liborina Antioquia.....	9
1.2. Conflicto armado en Liborina Antioquia: Corregimiento de la Honda, vereda Barrio Nuevo.....	11
1.3. Disputa entre guerrillas y paramilitares por el control territorial en la vereda Barrio Nuevo.....	12
Segundo Capítulo: Del miedo a la obediencia: Control social y político por parte de los paramilitares en la vereda Barrio nuevo.....	13
2.1. Formas de la violencia paramilitar sobre el territorio de Barrio Nuevo.....	16
2.1.1. Incidencia de los paramilitares en el espacio físico.....	17
2.1.2. Incidencia de los paramilitares en la dimensión simbólica del territorio.....	18
2.2. Dominar el territorio para ser soberanos: Implicaciones de la violencia paramilitar sobre el territorio.....	19
Tercer Capítulo: Discusiones teóricas sobre la <i>Resistencia Social, Conflicto armado y Territorio</i>.....	22
3.1. Resistencia Social: Respuestas a la dominación y el control territorial.....	22
3.2. Conflicto armado: violencia asociada al conflicto armado.....	26
3.2.1. El paramilitarismo más allá de los paramilitares.....	28
3.2.2. Los paramilitares: soberanos en el territorio.....	30

3.3. Territorio: Espacio físico y simbólico en disputa.....	31
Cuarto Capítulo: <i>Las Resistencias en la vereda Barrio nuevo (hallazgos)</i>.....	34
4.1. Tipos de resistencia social de los habitantes de la vereda Barrio nuevo.....	35
4.1.1. Resistencia transaccional.....	35
4.1.2. Resistencia contestataria.....	38
4.1.3. Resistencia de permanencia.....	39
4.2. Los fines de la resistencia.....	45
4.2.1. La permanencia en el territorio.....	46
4.2.2. La supervivencia.....	49
4.2.3. El acto de resistir.....	50
Quinto Capítulo: <i>Consideraciones finales</i>.....	52
Bibliografía.....	56

Agradecimientos

A los habitantes de Barrio Nuevo, quienes pese a la violencia permanecieron en su lugar de origen, a quienes encontraron la forma de supervivir, a quienes resistieron y resisten; especialmente a los participantes de la presente investigación, gracias por sus historias, éstas no se van a perder en la niebla de la nostalgia. Ustedes son la vida, la siembran.

Al papá y a la mamá, quienes han hecho del verbo resistir una convicción de vida, gracias por enseñarme a tener sueños y por cada día hacer todo lo posible porque ellos se cumplan.

A las hermanitas, quienes han sido inspiración, ustedes todos los días hacen que piense en un mundo mejor, uno más justo y feliz, pero todas sabemos que Emmanuel nos dará las instrucciones de cómo cambiarlo ¿Le enseñamos desde ya a luchar por ello?

A las amigas quienes han sabido sostener y acompañar. Glori, Maira, Mari, Susi, Vale, las abejas son vida, como lo son ustedes para mí.

A Manu. Porque siempre me recuerda quien soy y lo que no, “¿me das un café? por favor...”

Instrucciones para ser feliz: busque incansablemente un alma que la entienda, que la acompañe y sostenga, quiérala y nunca la suelte. Ya te encontré. Esto es en tu nombre, Marilyn.

A Leyder Perdomo, quien ha creído en mí cuando yo he dejado de hacerlo. Gracias por dejarme pensar por mí misma, por dejar que me equivocara y cuestionara, gracias, además, por enseñar con cariño, por saber acompañarme y soportarme. Le arrebataremos el verbo morir a los que matan, pero compañero ¡no se detenga!... la lucha apenas inicia.

Introducción

Cuántas cosas desagradables hay que volver a contar sólo para que no se olviden. Y cuánto cuidado hay que tener al contarlas de nuevo para que no se pierdan en la niebla de la nostalgia y, en cambio, reluzcan en la esperanza de que no vuelvan a suceder. Parece una necesidad: repetir para que no se repita. Contar de nuevo una injusticia como esta es necesario porque ahora tendremos la oportunidad, tantas veces esquiva, de construir la verdad de lo que nos ha sucedido; y sobre todo porque las injusticias siguen ahí, ocurriendo persistentes, vivas tal vez porque no las hemos contado lo suficiente. (Aura López, 2017)

En el marco del conflicto armado colombiano, grupos armados han obtenido dominio y control de gran parte del territorio colombiano, configurando e imponiendo órdenes alternos a la estatalidad y a los previamente existentes en los territorios, también han hecho que las formas de ver y sentir el espacio cambien, incidiendo en la vida de las personas, y particularmente en las zonas rurales en la vida de los campesinos.

Ante esa realidad, las personas han llevado a cabo acciones individuales y colectivas en su vida cotidiana, expresadas de manera visible o sutil, de forma pública o privada, con la intención de contrarrestar o hacerle frente a la dominación y al control, constituyendo una acción política de resistencia.¹

Este es un estudio sobre la resistencia desplegada desde la cotidianidad por personas afectadas por la presencia de actores armados. Ello conlleva al interés sobre conceptos como el poder, la legitimidad y la violencia, pero sobre todo de la resistencia y la comprensión de sus formas en escenarios rurales donde tiene lugar el conflicto armado.

¹ Son capacidades y acciones que llevan a cabo sujetos individuales y colectivos para adaptarse, preservar algunos aspectos del territorio o superar otros derivados de la acción de los actores armados y transformar sus entornos, lo que no desdice de la responsabilidad de las instituciones y el Estado en mejorar las condiciones de vida de las personas, sobre todo en un contexto de conflicto armado y violencia, es decir, las instituciones y el Estado mínimamente deberían velar por el cumplimiento y garantía de los derechos humanos.

La investigación se ubica en la subregión del Occidente antioqueño, específicamente en la Vereda Barrio Nuevo del municipio de Liborina Antioquia, lugar de mi procedencia y de mi familia, a donde mediando la década de los años 90 llegaron al territorio, primero, los frentes 15, 18, 34, 36 y 57 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia —FARC-EP— y, posteriormente, los paramilitares de las Autodefensas Unidas de Córdoba y Urabá —ACCU—, desatándose una disputa por el control de los municipios del corredor estratégico que conecta a la subregión de Urabá con el Valle de Aburrá y en el que Liborina se constituye como el municipio intermedio entre el Occidente cercano y el Occidente lejano.

En ese contexto se gesta la pregunta de este trabajo, por los tipos y las acciones de la resistencia de los habitantes de la vereda Barrio Nuevo durante el período comprendido entre los años 1995 y 2005, durante la presencia de grupos paramilitares. Así se plantea como **objetivo general** el caracterizar esa resistencia y en correspondencia se establecieron los siguientes **objetivos específicos**: 1. Identificar las formas de consolidación de los actores paramilitares en la vereda Barrio Nuevo durante el período 1995-2005; 2. Describir las acciones de resistencia social de los habitantes de la vereda Barrio Nuevo como respuesta a la presencia de actores paramilitares durante el período 1995-2005 y 3. Analizar la configuración de las acciones de resistencia de los habitantes de la vereda Barrio Nuevo durante el período 1995-2005.

Metodológicamente se tomó como referente la investigación cualitativa. El paradigma que orientó el trabajo fue el interpretativo crítico, pues este permite comprender la realidad y los fenómenos, además, incorpora un interés práctico, es decir, desde allí, se busca intervenir, comprender, construir sujetos y modificar la realidad y los fenómenos (Torres, 2004). Analizar la configuración de la resistencia social en la vereda Barrio Nuevo requirió de una estrategia metodológica enfocada en comprender el fenómeno, explorándolo desde la perspectiva de los participantes del proyecto de investigación, desde su ambiente y su contexto, de este modo, la metodología cualitativa se constituyó como un medio para el acercamiento a la realidad social.

Como enfoque de investigación se empleó la etnografía. Para Sandoval (2004) la etnografía se constituye como “una manera particular de estudiar el presente y también el pasado, a partir de la observación rigurosa de la realidad vivencial y del análisis de documentos que sobre los sujetos y objetos existan” (p.45). Este enfoque permitió hacer una descripción, explicación y reflexión de la realidad, a partir de la interacción directa producida en el trabajo de campo que

realizó la investigadora en el territorio y con la población que compartió un espacio en un tiempo definido, una serie de significados, creencias y prácticas (Sandoval, 2004). La elección de este enfoque radicó en la importancia de identificar las prácticas cotidianas de resistencia social, las cuales suelen camuflarse en acciones habituales de carácter sutil pero que tienen lugar en el territorio y en el día a día de sus habitantes.

Para el desarrollo del proyecto y en cumplimiento del objetivo principal, se propuso para cada objetivo específico una serie de técnicas para la recolección de información como la observación participante, las entrevistas semiestructuradas, entrevistas etnográficas, grupos focales y revisión documental; para el análisis de la información se recurrió a la teoría fundamentada (codificación, categorización y clasificación) y se realizó una matriz de análisis orientada por los objetivos, categorías y subcategorías.

El siguiente texto es el resultado del trabajo de investigación en la vereda Barrio Nuevo, que se divide en cinco capítulos: El primero, aborda de manera general el conflicto armado y la resistencia social en la subregión de Occidente, específicamente en el Municipio de Liborina Antioquia; para ello se hace una caracterización de la subregión y del municipio, resaltando condiciones geográficas y la descripción del conflicto armado en Liborina, el corregimiento de la Honda y particularmente en la vereda de Barrio Nuevo.

El segundo capítulo analiza la disputa entre guerrillas y paramilitares por el control territorial, la marcada presencia de estructuras paramilitares como las AUC y se considera su influencia y control en la vida cotidiana de los habitantes de la vereda, en ámbitos como el social, político y económico, necesarios para comprender y poder caracterizar las acciones de resistencia de los habitantes de la vereda.

El tercer capítulo se centra en las discusiones sobre conceptos relevantes a la configuración de la resistencia social. Para ello, en primer lugar se aborda la *Resistencia Social como una respuesta ante la dominación y el control social, político y económico*, considerando los postulados de autores como James Scott, María Teresa Uribe y Flor Edilma Osorio; allí se hace énfasis en las acciones de resistencia social; posteriormente se abordan las violencias derivadas del *conflicto armado*, retomando a María Teresa Uribe, Clara Inés García, Francisco Gutiérrez Sanín y Max Yuri Gil; este apartado se centra en el argumento de que el paramilitarismo es más que los actores paramilitares, para lo cual se retoma a Stathis Kalyvas, Ana Arjona y Leyder

Perdomo, luego se argumenta por qué los paramilitares fueron soberanos en el territorio de la vereda Barrio Nuevo; finalmente, se aborda *el territorio como un espacio físico y simbólico en disputa*, allí se tienen en consideración autores como Henry Lefebvre; Luis Gabriel Salas, María del Pilar Castillo, Boris Salazar; Teófilo Vásquez y Luis Llanos Hernández.

El cuarto capítulo corresponde a los hallazgos sobre la resistencia social en la vereda de Barrio Nuevo. Este capítulo se centra en las respuestas por parte de los habitantes de la vereda Barrio Nuevo frente al ejercicio del poder de los paramilitares y su control en el ámbito social y político. Primero se hace una descripción de las formas de resistencia que tuvieron lugar durante el período de 1995 y 2005, para posteriormente entender el alcance y el sentido de los tipos de resistencia en torno a dos elementos, la permanencia y la supervivencia. Finalmente, el quinto capítulo recoge las conclusiones y consideraciones finales.

Primer Capítulo. Conflicto armado y Resistencia Social en Liborina Antioquia

“¿Por qué quiero este lugar? pues porque aquí fui nacido, aquí fui criado y me trae muchos recuerdos buenos y malos, el que diga que son sólo buenos, está hablando mentiras, y el que diga que son sólo malos, también.” (Habitante de la vereda Barrio Nuevo, Liborina Antioquia, 2022).

Son limitados los estudios académicos sobre el conflicto armado en la subregión del Occidente medio y cercano de Antioquia, generalmente, la documentación existente sobre estudios derivados de violencia y conflicto son desarrollados en otras zonas del departamento donde estas problemáticas se han desplegado con mayor intensidad; en consecuencia, también son escasos los estudios sobre resistencia social en esta subregión.

Según estadísticas oficiales, Urabá y Oriente antioqueño se constituyen como las subregiones más afectadas por el conflicto armado y la violencia; según Maya, Muñetón y Horbath (2017), las zonas que han tenido menor incidencia de acciones del conflicto armado corresponden a la franja central que se extiende por los alrededores del río Cauca, desde el centro del departamento y hacia el sur, dentro de los límites de las subregiones Suroeste y Occidente.

Si bien en la subregión de Occidente la documentación sobre el conflicto armado ha sido menor en comparación con otras subregiones de Antioquia, ésta también ha sido impactada por

el conflicto armado; fue y es un punto geoestratégico del departamento, porque conecta al Valle de Aburrá y al Urabá Antioqueño, el primero, sitio central para la decisión política y el flujo económico y, el segundo, con salida al mar y cercano a los departamentos de Córdoba y Chocó, razones por las que ha sido un lugar de confluencia y de actores armados ilegales, su disputa entre sí y con el Estado por el control territorial.

1.1. Sobre la subregión de Occidente y el Municipio de Liborina Antioquia

Occidente es una subregión de predominancia rural y se ubica entre las cordilleras Central y Occidental, entre el Valle de Aburrá al sur oriente, el Nudo de Paramillo y Urabá al norte, lo que la hace con ventajas geoestratégicas para el establecimiento de actores armados en la subregión, también ha sido un espacio favorable para la agricultura y la economía de los campesinos de éste territorio, además, se constituye como la principal ruta de conexión entre el Valle de Aburrá con el Urabá y el mar Caribe. Se divide en dos zonas, Occidente lejano, donde se encuentran los municipios de Abriaquí, Cañasgordas, Dabeiba, Frontino, Giraldo, Peque y Uramita; y el Occidente medio o cercano, que comprende los municipios de Anzá, Armenia, Buriticá, Caicedo, Ebéjico, Heliconia, Olaya, Sabanalarga, San Jerónimo, Santafé de Antioquia, Sopetrán y Liborina.

El municipio de Liborina posee aproximadamente 7.928 habitantes y está dividido administrativamente en 4 corregimientos: San Diego, La Honda, El Carmen de la Venta, y La Merced del Playón; a su vez posee 36 veredas, entre las cuales se encuentra Barrio Nuevo, que hace parte del corregimiento La Honda.

Respecto a su topografía, el municipio corresponde a la vertiente occidental de la Cordillera Central de los Andes, lo que hace de éste un territorio montañoso, factor que incidió en la presencia de actores armados, pues esa ubicación la convierte en un punto que permite la comunicación y acceso a las subregiones del Urabá y el Norte de Antioquia.

Este municipio se ha caracterizado por el cultivo de café como base económica y por la siembra —para el sustento familiar y comunitario— de plátano, caña, frijol, maíz y lulo, también han tenido lugar la ganadería y la minería.

La Honda es el corregimiento ubicado entre la vía que conecta a Liborina con el Municipio de Sabanalarga, que a su vez permite la conexión con el Urabá y el Norte antioqueño, posee una población de aproximadamente 1.600 personas, está conformado por las veredas Guayabal,

Los Recuerdos, San Miguel, Rodas, Labraderos, El Porvenir, Montenegro y Barrio Nuevo. Esta última vereda se ubica en una zona montañosa y de difícil acceso, a dos horas del corregimiento; la economía comunitaria y de las familias se ha basado en el cultivo de café y también se ha dado la ganadería y porcicultura.

Frente al papel del Estado y su relación con el territorio de Liborina y, específicamente, en el corregimiento La Honda, se identifica que, por su ubicación geográfica, el difícil acceso y la lejanía con los grandes centros de poder, ubicados en las ciudades, las veredas han contado con una presencia heterogénea y diferenciada del mismo. Esta presencia diferenciada da cuenta de que el funcionamiento, operación e intervención del poder institucionalizado del Estado ha sido diferente en las regiones de Colombia, y las más afectadas han sido aquellas zonas periféricas, alejadas y marginales del país.

La presencia diferenciada del Estado² en el territorio sugiere con éste una relación limitada en términos económicos y políticos, por ejemplo, la construcción y gestión de espacios con infraestructuras adecuadas ha sido un proceso lento y tardío, lo que ha complejizado la comunicación y acceso de sus habitantes con los centros poblados; del mismo modo, la economía se ha visto afectada por la falta de vías terciarias y los habitantes de las veredas por iniciativa propia han llevado a cabo construcciones y mejoras en los espacios físicos.

Por otro lado, la presencia institucional ha sido escasa y raramente se manifiesta en términos militares. Se podría pensar entonces que el Estado en este territorio ha carecido de autoridad política y soberanía, de hecho, han sido estos atributos los que han posibilitado que hayan sido suplantadas sus funciones reguladoras en otros actores. Por ejemplo, el orden y la seguridad en el corregimiento de la Honda y en la vereda de Barrio Nuevo la han propiciado estructuras paramilitares.

Lo anterior da cuenta del “abandono” por parte del Estado, más que de su ausencia ya que esta hace referencia a la nula presencia de un poder institucionalizado. De manera general el abandono refiere a la desprotección y el desamparo, pero no a una ausencia total, por el contrario, significa una presencia por parte de las instituciones en los territorios, no desde una forma integral o ideal sino desde una “lejana” e inoperante.

² Se entiende como la manera en la que los aparatos del estado hacen presencia en las diferentes regiones del país de manera disímil (Gonzalez, F & Otero, S, 2006)

Frente a ello es importante mencionar que antes y durante la llegada de los paramilitares a Barrio Nuevo, la población estaba “huérfana” de Estado, pues no hubo quien protegiera la vida ni quien garantizara unas condiciones mínimas de dignidad, la desprotección y el abandono estatal favoreció la violación de derechos humanos, no sólo por las necesidades básicas insatisfechas, sino porque el abandono al territorio y su población, propició la presencia de actores armados y la disputa entre sí por el dominio y control territorial.

Por estas razones, la legitimidad de la institucionalidad estatal fue y es limitada en Liborina, sus corregimientos y veredas.

1.2. Conflicto armado en Liborina Antioquia: Corregimiento de la Honda, vereda Barrio Nuevo

El desarrollo del conflicto se comportó de manera diferente en los municipios de la subregión del Occidente antioqueño, algunos lo vivieron de manera más intensa por su ubicación, la presencia de grupos armados, su disputa, la alta cantidad de hechos violentos, número de víctimas y el control territorial, social y político, sobre todo por estructuras paramilitares.

En la subregión hicieron presencia actores armados como las guerrillas del ELN y las FARC, específicamente los frentes 38, 18 y 5° y estructuras paramilitares como las AUC y las ACCU, así como de las Fuerzas Armadas del Estado. Las guerrillas hicieron presencia primero y se beneficiaron de las condiciones del territorio pues este “les permitía usar la zona como refugio, como sitio para descansar, armar sus estrategias político-militares de control, expansión hacia otros territorios y movilizarse hacia otras zonas del departamento” (Conciudadanía, 2016, p.30); posteriormente, desde comienzos de la década de los 90, al territorio empezaron a llegar grupos paramilitares desde regiones cercanas a Urabá y otros que nacieron en las localidades de la subregión, quienes tenían como interés principal el control del territorio.

Al igual que en las demás subregiones de Antioquia, 1995 se constituye en un año crucial para el Occidente, pues hasta ese momento se sabía de presencia de guerrillas en el territorio, sin embargo, desde esa anualidad y durante el transcurso de la segunda mitad de la década, llegaron las AUC quienes desde la subregión controlaron los corredores estratégicos de Antioquia que llevaban a los departamentos de Caldas, Córdoba, Chocó y a la región del Magdalena Medio. Como las guerrillas hacían presencia previa en el Occidente, la llegada de las AUC motivó la disputa por el control territorial e hizo que incrementara su presencia.

Entre 1996 y 2000, tras el surgimiento de las AUC y su arribo al territorio, tuvo lugar la alta confrontación armada entre los paramilitares, las guerrillas y organismos de seguridad del Estado, ocasionando graves afectaciones a la población civil y dejando un alto número de víctimas de asesinatos, masacres, desapariciones forzadas, desplazamientos y víctimas de violencia sexual, dándose de forma simultánea y paulatina la consolidación en el territorio de las estructuras paramilitares.

En el siguiente período, comprendido entre los años 2001 y 2005, se dio el despliegue de las estructuras paramilitares en gran parte del territorio colombiano, incluyendo el Occidente antioqueño, sobre todo en zonas urbanas (Holguín, Salazar, Varela y Angulo, 2017), allí hubo fortalecimiento, control territorial, político y social por parte de estos actores, que intentaron homogeneizar el territorio y ejercieron funciones de aseguramiento, incidieron en las organizaciones sociales y tuvieron control en asuntos del comercio, lo que incrementó la vulneración de los derechos humanos (Conciudadanía, 2016). Liborina no fue la excepción.

Si bien Liborina se ubica en las zonas menos afectadas en el marco del conflicto armado, entre 1995 y 2005 se dieron disputas por el control territorial, social y político de esa zona, que conecta al Valle de Aburrá con el Urabá y el departamento de Córdoba, suponiéndose el interés de los actores sobre el corregimiento La Honda, que atraviesa la vía hacia Sabanalarga y que conecta con el Urabá y el Occidente lejano. En ese contexto, en Barrio Nuevo y lugares cercanos a la vereda se llevaron a cabo una serie de enfrentamientos entre las guerrillas y paramilitares (AUC) por el control del territorio; los paramilitares fueron quienes consiguieron insertarse en el espacio y simultáneamente empezaron a incidir en la vida cotidiana de los habitantes.

Igual que en la dinámica regional del conflicto, las guerrillas (FARC y ELN) son quienes primero llegan a este municipio, principalmente porque las condiciones geográficas permitían su desenvolvimiento en el territorio y porque era una zona de acceso hacia otras regiones, pero los grupos paramilitares lograron insertarse en el territorio y ejercer control social y político, allí la población civil fue la más afectada.

1.3. Disputa entre guerrillas y paramilitares por el control territorial en la vereda Barrio Nuevo

A principio de los años noventa al corregimiento de la Honda llegaron las FARC y el ELN, quienes intimidaron a la población e hicieron “rayas” o grafitis en las paredes para que se

supiera de su presencia en la zona, además establecieron campamentos en algunas veredas del municipio, en zonas rurales y montañosas. Algunos miembros de la guerrilla bajaban desde los campamentos hasta las veredas para proveerse de alimentos y víveres e hicieron parte de la vida cotidiana de las personas, esto quiere decir que habitaban sus espacios, permanecían en sus hogares, pedían favores a los campesinos o los obligaban a hacerlos; las veredas La Pedrona y Barrio Nuevo fueron un lugar de asentamiento y base de operaciones por parte de las FARC-EP.

Con la llegada de las AUC se dio una disputa, en primera medida, por el dominio territorial, consistente en combates entre las estructuras armadas de los grupos enemigos; los paramilitares lograron consolidarse en el territorio, establecieron puntos estratégicos de permanencia en el corregimiento y los centros veredales, para controlar vías de acceso y la comunicación con el Occidente lejano, el Valle de Aburrá y el Urabá, y simultáneamente desplegaron su proyecto —en primera medida— contrainsurgente, apelando a la violencia contra los habitantes de la vereda considerados “guerrilleros” o “colaboradores de la guerrilla”; paulatinamente se quiso instaurar un control social y político en las dimensiones físicas y simbólicas del territorio y así, modificar la cotidianidad de sus habitantes. Esto quiere decir que el proyecto contrainsurgente se reemplazó por los controles cotidianos hacia la comunidad.

La llegada de los paramilitares al corregimiento de la Honda significó una intensificación del conflicto armado por los enfrentamientos con las guerrillas, pero, sobre todo, porque a partir de las acciones violentas hacia los habitantes de este lugar la vida les cambió.

Segundo Capítulo. Del miedo a la obediencia: Control social y político por parte de los paramilitares en la vereda Barrio nuevo

Tras la llegada a Liborina, la intención inicial de las AUC fue su disputa con las guerrillas por el control del espacio físico, es decir, por el control espacial del territorio, y así, su objetivo se extendió a los ámbitos políticos y sociales, es decir, al espacio inmaterial del mismo. Así incrementó la violencia hacia la población civil e hizo que efectivamente permanecieran y controlaran el territorio en su complejidad, lo que redundó en que el actor armado se insertó directamente en las prácticas de la vida cotidiana de las personas, su percepción de los espacios y sus procesos organizativos, así como se generaron resistencias por parte de la comunidad ante el dominio y control de los paramilitares.

A través de diversos instrumentos como el miedo, la obediencia y la legitimidad, los paramilitares llevaron a cabo acciones violentas contra los habitantes de la vereda en diferentes modalidades y mecanismos. Las modalidades de acción que se destacaron fueron el asesinato, las amenazas y las extorsiones; estas acciones tuvieron lugar por la implementación y uso de dispositivos como las armas de fuego, las amenazas verbales y otras escritas en lugares públicos, los mensajes y rayones acusatorios en muros y paredes, y por las citaciones en lugares específicos. En Barrio Nuevo hubo una violencia selectiva pero eficaz.

Con la llegada de las AUC al corregimiento de la Honda y el despliegue de sus tropas hacia las veredas, la intranquilidad de los habitantes se incrementó, pues existía un estigma por parte de habitantes de veredas aledañas que los señalaban como “guerrilleros” o “colaboradores de la guerrilla”, estigmatización que se intensificó después de la presencia de los paramilitares en el territorio, pues estos también empezaron a señalar y amenazar a los pobladores de la Honda, quienes eran conscientes de que empezaría una disputa contra las guerrillas y una intensificación de las acciones armadas y violentas en su contra por el control territorial:

Ya sabíamos de la presencia de los anteriores (FARC) pero decíamos "desde que no haya quién los ataque a ellos, nosotros estamos tranquilos"; pero ya al haber un contrario de ellos nosotros éramos el blanco en medio de ellos dos, porque a ellos es poco lo que les importa quién está en el medio, ellos van por lo que van, y entonces, ya la amenaza para la comunidad era esa, si ellos se llegan a enfrentar nosotros somos los que vamos a chupar, la guerra es entre ellos, pero siempre está el civil en medio; entonces ese fue el cambio brusco que sintió la comunidad (Habitante de la vereda Barrio Nuevo, Liborina Antioquia, 2022).

Los enfrentamientos entre los paramilitares y la guerrilla tuvieron lugar en la quebrada La Honda, en las veredas La Pedrona y Barrio Nuevo, en cuya cancha se presentó el primer enfrentamiento, con una duración de tres días, resultando un paramilitar asesinado y varios miembros de la comunidad violentados física y emocionalmente. Este episodio fue relevante para la comunidad porque la intensificación de las acciones armadas la impactó de manera directa.

Además de los combates, la intranquilidad y el miedo se intensificaron con ataques directos perpetrados por los paramilitares contra la población civil, retenciones, amenazas y la estigmatización generalizada reforzaron esos sentimientos entre los pobladores, que serían claves para el ejercicio del poder paramilitar y la posterior obediencia.

Del mismo modo, los paramilitares iniciaron una cooptación de los espacios físicos y simbólicos de los pobladores, haciendo presencia en espacios íntimos como en las casas, en espacios comunes, como las montañas, caminos, y en lugares centrales como la escuela o la cancha.

Cuando los paramilitares lograron su primer objetivo, ganarle espacio a la guerrilla e instaurarse en la vereda, tuvieron condiciones para imponer un orden alterno, donde aspectos de la vida social y política fueron los más afectados. Según Alonso y Vélez (1998), es lógico pensar que el objetivo principal de un actor armado es acceder al dominio del territorio, pues este representa la posibilidad de gestar autoridad política, la cual se pudo ver expresada en el fortalecimiento en términos de control social y político, una incidencia directa en la población, en sus formas organizativas y en el incremento de la vulneración de derechos humanos.

En efecto, durante el período comprendido entre los años 2001 y 2005 hubo una mayor presencia de los grupos paramilitares en Barrio Nuevo, tras su dominio en la zona, hicieron uso de la violencia directa contra la población, ocasionando una de las pérdidas más dolorosas para los habitantes de la vereda, el asesinato del señor Gabriel Henao, habitante de la vereda:

Los responsables de dicha pérdida fueron ellos, verídicamente no podemos decir: "fue en tal año, en tal fecha", no la recordamos en estos momentos, pero sí podemos decir que fueron los paramilitares; el motivo tampoco, comentarios se hacen muchos, que porque no quiso participar con la vacuna, el "impuesto de guerra" que llaman ellos, o que porque le estaba colaborando a aquellos; fueron las autodefensas, no fue la guerrilla (Habitante de la vereda Barrio Nuevo, Liborina Antioquia, 2022).

En Barrio Nuevo y el corregimiento de la Honda los paramilitares recurrieron a la perpetración de asesinatos selectivos como el de Gabriel Henao, para impedir expresiones que fueran contrarias o contestatarias frente al orden que habían impuesto, y no como una acción dirigida contra las guerrillas, sino, como una acción para demostrar la hegemonía y las consecuencias de no obedecer o ser abiertamente contrario a sus ideas, acciones e imposiciones.

De este modo, el "enemigo" no era exclusivamente quien tuviera un pensamiento de izquierda o fuera señalado como colaborador de la guerrilla. Gabriel Henao no fue un líder social de la comunidad, pues allí no hubo personajes destacados en este ámbito, y mucho menos fue un líder asociado a la dinámica política local y a los procesos electorales, era un campesino

que habitaba la vereda, quien se destacaba por su amabilidad y porque su finca era fuente de empleo para otros habitantes de la comunidad; sin embargo, personas cercanas afirmaron que él se opuso abiertamente a los paramilitares y esto le costó la vida. Esta muerte fue “ejemplarizante” y envió un mensaje contundente a los habitantes de la vereda: no se podía desobedecer a los paramilitares y sus exigencias.

Ahora bien, aunque el asesinato llevado a cabo por los paramilitares fue relevante por su impacto en la comunidad, las acciones de violencia contra los habitantes de la vereda, y que tuvieron un alcance más extenso en el tiempo, fueron la estigmatización, la amenaza, la extorsión, y el control del comportamiento social y político de las personas; dicho de otro modo, el asesinato fue una práctica selectiva y limitada que buscó la reafirmación de la hegemonía, complementaria con otras modalidades de violencia con que los paramilitares lograron incidir en la dimensión física y simbólica del territorio.

Barrio Nuevo es entonces un claro ejemplo de que la guerra y sus impactos no pueden medirse exclusivamente por los hechos victimizantes o sus horrores; desde luego, la guerra ha sido horror, dolor, muerte, pérdidas, desplazamientos y despojos, pero, además, el ejercicio del poder de los actores armados, su control en y sobre los territorios, ha hecho que la guerra se prolongue, e incluso, que se normalice.

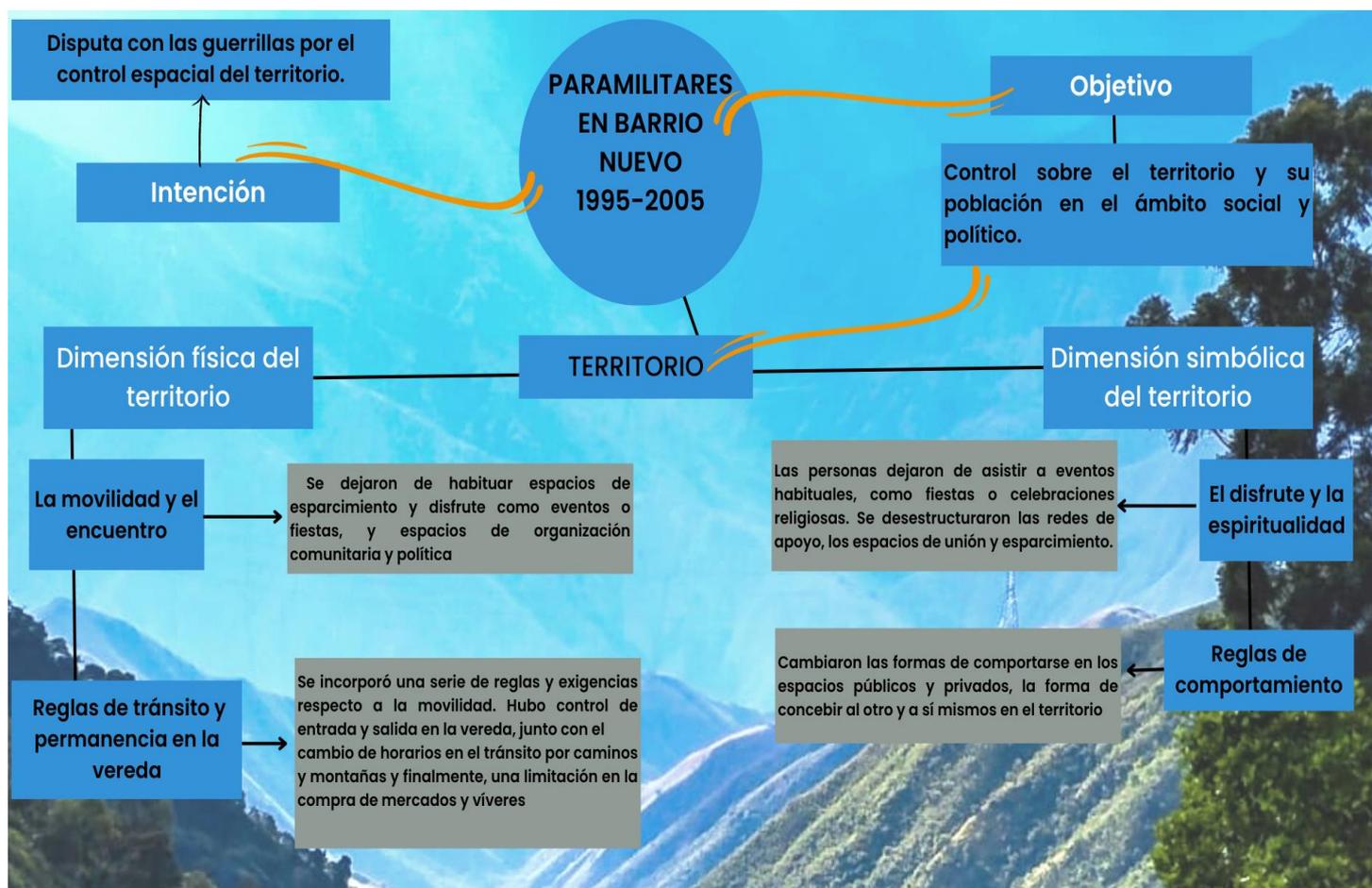
En Barrio Nuevo los controles cotidianos de los paramilitares sobre los habitantes de la vereda generaron graves afectaciones a nivel personal, así como un miedo colectivo que se vio expresado en la desestructuración del tejido social y comunitario, lo que generó con el paso del tiempo (aunque en menor medida) la complicidad o aceptación de los paramilitares en los espacios.

2.1. Formas de la violencia paramilitar sobre el territorio de Barrio Nuevo

Los medios violentos ejecutados por los paramilitares incidieron en las dimensiones física y simbólica del territorio de la Vereda Barrio Nuevo; en la primera dimensión, afectando las posibilidades de su uso para la movilidad y el encuentro, en la segunda, con repercusión en aspectos como las reglas de comportamiento, el disfrute y la espiritualidad.

Esas afectaciones al territorio deben leerse de manera simultánea, por la relación estrecha que existe entre ambas dimensiones; así, si se incidía en una dimensión la otra podía verse

comprometida. A continuación, se detalla mejor la afectación a esas dimensiones del territorio (Ver Cuadro 1).



Cuadro 1. Afectaciones de la dimensión física y simbólica del Territorio por la presencia y acción paramilitar, 1995-2005. Fuente: Elaboración propia

2.1.1. Incidencia de los paramilitares en el espacio físico

Reglas de tránsito y permanencia en la vereda: Tras la llegada de los paramilitares a Barrio Nuevo, se incorporó y exigió una serie de reglas a los habitantes de este lugar, entre las cuales se destacó el control en la entrada y salida de personas al espacio de esa vereda, los horarios de tránsito por los caminos y montañas y, simultáneamente, se impuso las formas de hacerlo. Los paramilitares sugerían a modo de amenaza el tránsito por algunas zonas y aconsejaron no transitar de manera solitaria o en horas de la noche, por lo cual hubo una afectación en la

movilidad, principalmente porque las reglas de comportamiento, transitar y habitar la vereda fueron modificadas por los paramilitares.

Uno de los controles más reiterativos consistió en la limitación en la compra de mercados y víveres para el sustento familiar, pues el abastecimiento de alimentos se asoció con la colaboración a los grupos guerrilleros, prevención desde la que los paramilitares restringieron la salida de las personas al corregimiento de La Honda para el abastecimiento o quienes lo hacían debían limitarse en dos sentidos, primero, en la cantidad de compras y segundo, en el horario en el que se llevaba a cabo.

La movilidad y el encuentro: la imposición de reglas de comportamiento y la intranquilidad que se generó en la vereda por la presencia de los paramilitares hizo que las personas dejaran de habitar espacios físicos de encuentro con los otros, no se hacían reuniones en espacios políticos y organizativos, se procuró no realizar fiestas o eventos para el disfrute o simplemente se omitió la acción cotidiana de visitar al vecino.

Los paramilitares hicieron que se deterioraran los lazos comunitarios, con efectos directos sobre la democracia local, en tanto los escenarios de organización política y comunitaria se quedaron sin participación, pues la comunidad optaba por no salir o hacerlo en menor medida. Esto hizo que las personas se distanciaran y algo tan esencial como afrontar la guerra y sentir un apoyo en el otro empezó a limitarse, sin embargo, las acciones que se llevaron a cabo por miembros de la comunidad fueron tan diversas y otras tan puntuales que mantuvieron y sostuvieron la vida en la guerra; la solidaridad siempre tuvo lugar y les permitió a las personas sobrevivir en la vereda en medio del conflicto armado.

Los habitantes de la vereda estaban perdiendo la libertad y espontaneidad con la que se llevaban a cabo las acciones cotidianas; sus caminos, la noche, la libertad de caminar, comprar, socializar y organizarse; estaban perdiendo también la capacidad de disfrutar o habitar los espacios privados como suyos, lo cual generó una transformación en las dinámicas de la habitualidad. A continuación, se profundiza en ello.

2.1.2. Incidencia de los paramilitares en la dimensión simbólica del territorio

El disfrute y la espiritualidad: al hacer un control de las formas de movilidad y encuentro, las personas dejaron de asistir a eventos habituales, como fiestas o celebraciones religiosas. La

religión para los habitantes de esta vereda era percibida como un referente comunitario, que promovió el encuentro y la celebración de manera colectiva, por lo cual se desestructuraron las redes de apoyo, los espacios de unión y esparcimiento.

La razón fue que la comunidad sintió intranquilidad y miedo por la amenaza y el posible encuentro con los paramilitares en las distintas zonas de la vereda.

Reglas de comportamiento: El control de los paramilitares no sólo se dio en términos espacialmente físicos, sino que estos modificaron en los habitantes de la vereda sus formas de concebir al otro, de comportarse, relacionarse e interactuar. La indiferencia, el individualismo y la deshumanización del otro le es útil a quienes tienen las armas y es del mismo modo un soporte de la guerra, pues al afectar los lazos comunitarios es menos factible que se emprendan acciones organizativas de carácter reivindicativo o que se lleven a cabo actos solidarios entre miembros de la comunidad, en cierta medida esto pasó en Barrio Nuevo, salvo que, la solidaridad tuvo lugar siempre que fue necesaria.

A partir del ejercicio de la violencia se buscó la obediencia en ámbitos cotidianos, las personas tuvieron que habitar los espacios íntimos con estos actores sin que hubiese una negativa al respecto, es decir, en los espacios privados como el hogar, los habitantes de la vereda tuvieron una actitud pasiva frente a la presencia de los paramilitares, accediendo a imposiciones como tener que compartir espacios o alimentos, así los espacios privados dejaron de ser íntimos en tanto un tercero ajeno hacía uso de ellos.

En términos sociales se le pedía a la comunidad evitar altercados o discusiones entre ellos mismos y si éstos tenían lugar entonces los paramilitares lo tramitaban por medio de amenazas, advertencias o intimidaciones; ellos se convirtieron en un actor clave en la resolución de los conflictos ya que eran quienes decían garantizar la seguridad.

Las imposiciones en el comportamiento de los habitantes de la vereda se convirtieron en una afectación importante, que trascendió a esferas íntimas y hubo una modificación de la forma de ser, de concebir al otro, alteraron la libertad de estar de manera espontánea en un territorio que se permeó por las exigencias de los paramilitares.

2.2. Dominar el territorio para ser soberanos: Implicaciones de la violencia paramilitar sobre el territorio

Las afectaciones en las dimensiones del territorio y el despliegue de la violencia generaron un daño inmaterial colectivo importante en la Vereda Barrio Nuevo, sobre todo en términos del tejido social, pues el orden impuesto y el control hizo que se modificaran las relaciones de solidaridad, confianza e intercambio entre miembros de la comunidad, pues el miedo y las amenazas favorecieron el silencio y el aislamiento en la vereda, lo que simultáneamente generó repercusiones en los procesos organizativos, en los liderazgos y en las apuestas políticas.

Dominar el territorio y controlarlo, más allá del control militar sobre el espacio, excluyendo al enemigo de la guerra, incluye también dominar a su población, la violencia es un medio más que un fin para llevar a cabo sus objetivos y finalidades; Kalyvas (2001) sostiene que cuando un actor intenta gobernar a la población contra la cual usa la violencia, ésta se convierte en un medio que se utiliza para moldear el comportamiento individual; lógica de interacción entre medios, blancos, formas y finalidades a la que los paramilitares no fueron ajenos.

En la incursión paramilitar a Barrio Nuevo, la violencia fue un instrumento de control a nivel individual y colectivo, de ahí la afectación directa a la movilidad, el encuentro, el disfrute y los procesos organizativos a nivel comunitario, es decir, la violencia como medio tuvo una potencia en términos de modificación de las personas y sus espacios, pues logró permear tanto a los sujetos individuales como a los sujetos colectivos, al territorio en su dimensión física y simbólica, fue una herramienta para alcanzar la soberanía por parte de los paramilitares en y sobre la comunidad.

Los paramilitares lograron ser “soberanos” en el territorio, una vez se aplicó la violencia hacia la comunidad, tras la disputa por el dominio territorial con las guerrillas, lo que habla del triunfo de su proyecto militar, político y social, que se extendió hacia cierto grado de “seducción” de la población civil. Si bien no hubo manifestaciones de apoyo directo, sí puede hablarse de simpatía de algunos habitantes de la vereda que aceptaron las ideas de orden y seguridad impuestas por los paramilitares.

La soberanía de los paramilitares, manifiesta en el miedo y/o la legitimidad, hizo que posteriormente la violencia fuera limitada y selectiva, lo que significó su consolidación y un control ejercido contundentemente; la violencia tendió a disminuir en su cantidad o en sus formas más intensas, a medida que incrementó la dimensión de su alcance político y su autoridad.

Respecto a la consolidación de la autoridad y la soberanía, Alonso y Vélez (1998) afirman que quienes ejercen poder deben convertirse en autoridad y quienes son sometidos deben obedecer eficazmente, es decir que la dupla soberanía y sometimiento se traduce en la dupla autoridad y obediencia.

En este sentido, tras los paramilitares vino el paramilitarismo, su éxito como proyecto social y político lo que, siguiendo las ideas de Uribe (1999), puede entenderse como la consolidación de un orden político alternativo, que hizo uso de la violencia de manera selectiva y limitada para facilitar su control espacial, así como en los ámbitos social y político, instaurándose un orden de miedo, y una autoridad parcialmente legitimada, que de un modo u otro generó obediencia, al menos su apariencia.

La explicación del éxito del proyecto del paramilitarismo puede hallarse en una idea que a veces parece básica y, por lo mismo, suele ser olvidada; Rafael del Águila (2008) menciona que entre poder y violencia hay un vínculo que no siempre es evidente, pero que busca siempre la obediencia; los medios para obtenerla suelen basarse en la coacción, la fuerza, la amenaza y el miedo, así como de consolidar imaginarios que hagan creer a los que obedecen que hay una necesidad por obedecer, es decir, se necesita legitimidad.

Pues bien, como se mencionó en un principio, los paramilitares tenían como primer objetivo ganarle la dimensión espacial del territorio a las guerrillas, pero también requirieron el poder controlar social y políticamente a los habitantes de la vereda de Barrio Nuevo. Éstos se valieron de instrumentos como el miedo, la amenaza, la estigmatización y el asesinato para incidir o modificar el comportamiento de los habitantes de la vereda, pero también lo hicieron con la intención de legitimarse y vincularse con los valores y creencias individuales y colectivas que dotaron de base a la obediencia, a partir de la cooptación de los espacios físicos y simbólicos del territorio, lo que alteró las dinámicas de la vida cotidiana de las personas, puntualmente en las dimensiones de la movilidad, el encuentro, el disfrute y las reglas de comportamiento.

Sin embargo, en la dimensión simbólica del territorio pueden hallarse grietas a su pretendida hegemonía y ponerse en cuestión la consecución de la finalidad de estos actores armados pues, aunque gozaran de legitimidad y un grado de simpatía por parte de algunos miembros de la comunidad, varios habitantes de la vereda, aún sometidos al orden, la dominación y el control, llevaron a cabo acciones cotidianas y sutiles que le hicieron frente al control paramilitar,

resistieron, no directamente a la disputa por el territorio, los enfrentamientos con la guerrilla o las acciones violentas, pero sí a lo que vendría tras la presencia de los paramilitares; las razones que motivaron las acciones de resistencia fueron muchas, pero se destaca el arraigo y el cariño por el lugar habitado, que se trabajarán a continuación.

Tercer Capítulo. Discusiones teóricas sobre la *Resistencia Social, Conflicto armado y Territorio*

El conflicto armado en Colombia ha vinculado a diversos actores distribuidos entre quienes hacen la guerra y quienes la padecen. Quienes la hacen —especialmente los grupos armados que han estado de manera visible en los territorios— han impuesto el poder y el dominio a partir del despliegue de acciones violentas contra los territorios, las personas, los bienes y las comunidades.

Los territorios rurales han sido escenarios explotados por los actores armados para el despliegue de la violencia, aprovechando factores como la alta concentración de la propiedad de la tierra, la dispersión de la población y, sobre todo, “por el aislamiento geográfico, social y económico de los grandes centros de poder en donde se mantiene la acción del Estado” (Osorio, 2001, p.57). Esto ha hecho que los territorios rurales cumplan con condiciones estratégico-militares idóneas para que los grupos armados ejerzan dominio, poder y control, además han sido espacios de refugio, establecimiento y abastecimiento en el marco del conflicto.

En los territorios donde se ha desplegado el conflicto armado, donde ha habido una prolongación de este y donde hay grupos armados hegemónicos —como los grupos paramilitares—, las personas han buscado la forma de llevar a cabo acciones para supervivir, pero también lo han hecho con la intención de resistir directa o sutilmente al orden impuesto por este u otros actores armados.

Para comprender la lógica en la que se han configurado las resistencias más sutiles, antes es importante hacer claridades conceptuales y teóricas sobre lo que se entiende por resistencia social, conflicto armado, paramilitarismo y territorio, como se desarrolla a continuación.

3.1. Resistencia Social: Respuestas a la dominación y el control territorial

Cuando se piensa en el concepto de resistencia, generalmente ésta suele asociarse con las respuestas y acciones emprendidas de manera colectiva y visible frente a una situación

conflictiva o que implica una relación desigual de poder, es decir que casi inequívocamente se piensa en la resistencia social contestataria.³

Por esa razón, cuando se aborda este concepto es pertinente hacerse las siguientes preguntas: ¿Cómo se entiende la resistencia social? ¿Cuál es su finalidad? ¿Quiénes son los sujetos que la llevan a cabo? Dando respuesta a estas preguntas y en la lógica de ésta investigación se pueden hacer tres claridades: la primera es que quienes resisten lo hacen frente a una situación que los deja en una relación desigual de poder; la segunda es que los sujetos que resisten, al estar inmersos en una relación de poder, tienen un rol de subordinación frente a quienes ostentan el poder, la cual tratan de subvertir, al menos parcial y temporalmente, a veces de manera muy puntual; y tercero, que las formas de resistencia son diversas, no sólo existen las directas y visibles, también existen las resistencias individuales, camufladas, poco visibles y sutiles.

De este modo, la resistencia social comprende acciones individuales y/o colectivas expresadas de manera visible o sutil —casi imperceptibles—, de manera pública o privada, en los escenarios permeados por un poder dominante. Estas acciones buscan contrarrestar o hacerle frente a la dominación y el control territorial, social, político y económico que se llevan a cabo en el ejercicio del poder por parte de quienes ostentan una posición ventajosa en el relacionamiento.

A la luz de los postulados de Scott (2000), Uribe (2006) y Osorio (2001) se puede comprender cómo en contextos de conflicto armado, quienes deben convivir y habitar espacios en territorios en que también están presentes los grupos armados, consolidan acciones de resistencia como una respuesta contra el ejercicio del poder que esos actores llevan a cabo.

Para James Scott los dominados o subordinados son los sujetos de la resistencia, es decir, quienes resisten y sus conductas o acciones dependen en gran medida de las relaciones de poder que tengan lugar en su vida y las estrategias públicas y privadas que estos adoptan en espacios particulares, según sus propios intereses y contextos.

³ La amplia discusión teórica sobre el concepto de resistencia ha dificultado un consenso total de lo que se entiende por ésta

Este autor aborda el concepto de *Resistencia cotidiana*, entendida como “espacios” donde cada grupo, población o comunidad, desde sus experiencias producen una serie de respuestas (conductas, prácticas) ante los que ejercen poder o dominación; en este sentido, Scott plantea la resistencia como una expresión que tiene lugar en lo cotidiano, que suele ser duradera y que se mueve en forma dinámica, en redes de complicidad, solidaridad y generalmente de manera oculta (Scott, 2000).

Al preguntarse por las relaciones de poder entre los grupos subordinados y quienes ejercen poder, Scott habla de “herramientas sutiles” que se erigen desde la cotidianidad y de manera no premeditada, es decir, formas de resistencia que se asumen en contextos específicos para sortear las lógicas de poder impuestas por grupos dominantes.

María Teresa Uribe (2006), al igual que Scott, plantea que los grupos subordinados son quienes resisten y que, en contextos de conflicto armado y escenarios de violencia —entre ellos los rurales— las personas consolidan diversas formas de resistencia que siempre significan oposición, que puede ser abierta u oculta.

La oposición abierta hace referencia a una serie de acciones contestatarias y rebeldes, generalmente respuestas evidentes ante quienes ejercen poder y control; en la oposición oculta se encuentran las acciones de resistencia de carácter sutil y casi imperceptible en su manifestación. La oposición oculta a la cual hace referencia Uribe tiene relación con la resistencia cotidiana de la que habla Scott, en tanto se refieren a acciones camufladas y sutiles que resisten a un poder que ejerce control y dominación en un contexto particular.

Por otro lado, Flor Edilma Osorio (2001) se pregunta por las dinámicas colectivas que genera la población rural colombiana en los escenarios de conflicto armado, en los que se impone cotidianamente el dominio de los grupos armados sobre estas poblaciones. La autora menciona que, principalmente en las zonas de control y avance por parte de grupos paramilitares, los actores armados buscan homogenizar la población para controlar de manera efectiva los territorios y solventar sus intereses políticos, militares y económicos (Osorio, 2001).

Esta autora denomina a los esfuerzos colectivos de resistencia como *acciones colectivas*, pues incluyen diversas formas organizativas, temporalidades y espacios, aunque también

pueden ser acciones individuales que buscan resistir al conflicto y modificar o defender las relaciones desiguales de poder (Osorio, 2001).

Osorio identifica diez tipos de modalidades de resistencia para hacerle frente a la dominación y control de los grupos armados, entre las que se encuentran *las resistencias cotidianas*, que son una respuesta desde el “bajo perfil” ante la inevitabilidad de que las comunidades deban convivir con los grupos armados; estas resistencias vinculan acciones de carácter no visible y generalmente suelen ser de carácter individual, coincidiendo de esta forma con Scott y Uribe⁴.

Ahora bien, ¿cuáles son los aspectos más relevantes en los que coinciden estos autores? Para Scott resistir es una acción, expresión y espacio que tiene lugar en la vida cotidiana de quienes están bajo una relación de poder y dominación, es decir, la resistencia para este autor no sólo es analizada en los contextos de conflicto o violencia, si se quiere, es una acción que tiene lugar en donde se da el ejercicio del poder.

Por su parte, el análisis de Uribe se centra en contextos de violencia asociada al conflicto armado, allí la resistencia se concibe como una respuesta de oposición de los grupos subordinados y “gentes del común” ante el despliegue de los operadores del orden y la violencia; Osorio igual que Uribe resalta en escenarios rurales las acciones llevadas a cabo por parte de los campesinos ante la dominación de los grupos armados.

Las tres autoras coinciden en que el ejercicio del poder hace que haya grupos o personas subordinadas que, en sus contextos particulares y según sus posibilidades e intereses, llevan a cabo estrategias, procesos y acciones de resistencia, conscientes o no, con los que responden al control y la dominación en escenarios donde hay una hegemonía por parte de un actor o grupo.

De ese modo quienes están en una condición de subordinación, en muchas ocasiones no tienen mayores posibilidades de hacer manifiestas sus formas de resistir, oponerse, rechazar, porque quienes ejercen poder limitan su margen de acción. En esos contextos las acciones de resistencia tienden a ser sutiles y cotidianas, lo que se ha asumido como acomodamiento pues

⁴ Las otras formas de resistencia que alude la autora incluyen desde formas organizativas fuertes, espacios colectivos para la resolución de problemas comunes y básicos por parte de las comunidades, hasta el empleo de instancias legales, las movilizaciones, la toma de decisiones explícitas en el ámbito público, las alianzas temporales o definitivas con los actores armados.

“las personas se someten al orden impuesto por éste y no expresan de manera pública su rechazo o inconformidad” (Uribe, 2006, p.65), pero en realidad tienen una intencionalidad de oposición —generalmente— no directa.

En ese orden de ideas, los intereses que llevan a las personas a resistir suelen ser muy diversos, entre ellos se resalta la supervivencia, es decir, hay un interés principal por salvaguardar la integridad personal y la de sus familiares, y de manera más profunda dar una respuesta ante quienes ejercen poder.

3.2. Conflicto armado: Violencia asociada al conflicto armado

¿Por qué caracterizar al conflicto armado es complejo? ¿Qué elementos son indispensables para comprender su desarrollo, expansión y prolongación? Uno de los problemas más serios que ha padecido el territorio colombiano durante mucho tiempo ha sido el de la violencia que, no tiene una forma única de ser abordada, a tal punto de asumir diversas denominaciones: guerra, violencia, guerra civil y conflicto armado. Cuando se habla de este último, generalmente aparecen apreciaciones técnico-normativas sobre su existencia, temporalidades, causas que le dieron origen, consecuencias, razones de su prolongación, actores armados, víctimas; sin duda, cada uno de estos elementos es fundamental para entender la complejidad del fenómeno y por la misma razón se complejiza su conceptualización (Giraldo, 2015).

El Derecho Internacional Humanitario entiende el conflicto armado como un enfrentamiento violento entre dos grupos humanos y que, generalmente, deja como resultado la destrucción material y que atenta directamente contra la vida (ACNUR, 2018). Sin embargo, esta es una definición limitada que no permite explicar la complejidad del conflicto armado en Colombia porque, como bien lo expresaban Giraldo (2015) y Gutiérrez (2015), es un fenómeno que exige recurrir a causas explicativas para su entendimiento.

Si bien Giraldo (2015) no define explícitamente lo que es un conflicto armado, considera que para entenderlo se debe recurrir a diversas causas explicativas, es decir, para él es fundamental comprender las razones que han llevado a la prolongación del conflicto armado. Entre las causas explicativas hace énfasis en la debilidad del Estado y su incapacidad para actuar, la fragilidad institucional, los actores armados y el narcotráfico, lo que ha dejado como resultado un conflicto complejo, discontinuo y de larga duración.

Por su parte, Gutiérrez Sanín (2015) aborda el carácter político del conflicto armado, destacando la importancia de las temporalidades y también los orígenes que dieron paso al conflicto armado, entre ellos resalta la desigualdad en la tenencia y acceso a la tierra. Gutiérrez sostiene que hay dos temporalidades claves para entender la violencia, primero desde el 1960 teniendo en consideración el surgimiento de varias guerrillas en Latinoamérica incluso, las colombianas, y la segunda, desde finales de la década de 1970 momento en donde “Colombia cae, desde cualquier indicador razonable que se use, en un estado de guerra civil. Y ella dura hasta hoy, constituyéndose en el conflicto nacional más prolongado del mundo” (Gutiérrez, 2015, p.2).

Así, el autor acentúa su análisis en cinco elementos constitutivos de la prolongación del conflicto colombiano: el narcotráfico, los patrones de violencia contra los civiles, la provisión privada de la coerción/seguridad, el fenómeno paramilitar y el sistema político. Gutiérrez (2015) sostiene que la interacción entre agentes locales y nacionales (personas pertenecientes a la élite) que buscaban seguridad privada, propiciaron el fenómeno paramilitar, el cual empezó a fundar sus liderazgos y unidades paramilitares en la guerra contrainsurgente⁵.

Así mismo, sostiene que, en costos humanos, el resultado de la prolongación del conflicto armado ha sido devastador, afectando el tejido social y escenarios democráticos como la participación política.

Max Yuri Gil (2010) se centra en las etapas de la guerra y sostiene que entre 1997 y el 2003, Colombia vivió un escalonamiento en la dinámica del conflicto armado, lo que generó un incremento en las acciones bélicas, la expansión de los territorios en disputa y la capacidad operativa de los grupos armados; es decir, se incrementó el nivel de violencia en el país. Los grupos paramilitares en este período fueron un actor protagónico en el marco del conflicto armado.

⁵ Según el autor, el ejército fue el encargado de recibir las demandas de seguridad privada de la población, lo cual dotó a la guerra contrainsurgente de su marco institucional específico. La guerra contrainsurgente desató dinámicas de la violencia, particularmente en ataques contra la población civil coordinados o habilitados por agencias de seguridad del estado y con amplia participación de agentes privados (Gutiérrez, 2015).

El conflicto armado y la violencia derivada del mismo debe entenderse desde una dimensión temporal y política y deben considerarse las consecuencias de su prolongación y los costos que ha generado en términos sociales y políticos para los territorios y quienes lo habitan.

Ahora bien, si hablamos de conflicto armado, se tienen claras dos cosas: 1) que éste vincula a actores armados y 2) que estos tienen diversas motivaciones que responden a intereses de carácter territorial, político, económico y social; en ese sentido, emprenden una serie de acciones diferenciadas que buscan la cooptación, control del territorio y la población civil. Estas ideas serán retomadas posteriormente desde los postulados de García (1996) y Uribe (1997).

En ese sentido, comprender la relación del *conflicto armado* y la disputa entre *actores armados* por el *territorio* es importante para explicar desde una dimensión espacial y social las relaciones de poder, los conflictos y disputas que allí tienen lugar, pero también las modificaciones de los espacios y la vida de quienes los habitan, y, sobre todo, las estrategias y acciones que llevan a cabo para contrarrestar el control social, político, económico y cultural de los actores armados, en este caso, los paramilitares.

3.2.1. El paramilitarismo más allá de los paramilitares

Cuando se habla de paramilitarismo y paramilitares debe hacerse la claridad de que el primero puede estar integrado por los segundos, sin embargo, el paramilitarismo se constituye como una composición compleja que no sólo vincula a los actores armados, sino que va más allá de ellos, como lo expresa Perdomo (2019):

[...] el paramilitarismo no son únicamente los paramilitares, sino que se trata de una composición social violenta más compleja, en la que confluyen sectores de la sociedad y el Estado que auspician la conformación orgánica de los grupos paramilitares para obtener beneficios políticos y/o económicos (Perdomo, 2019, p.14)

El paramilitarismo tiene una composición compleja entre tantas razones, porque goza de una dimensión ideológica que avala y legitima sus acciones. Es decir, el paramilitarismo no está conformado exclusivamente por sus ejércitos armados, sino también por actores sociales y políticos que los han promovido, avalado, y a la vez se han beneficiado de sus acciones.

Uribe (1997) complejiza el sentido de la acción de los paramilitares, pues los concibe como grupos integrados por civiles armados que no sólo buscan combatir a la insurgencia, sino también a la delincuencia común y suelen utilizar estrategias privadas de seguridad; también pueden entenderse como un orden político alternativo de carácter contrainsurgente.

Ahora bien, es cierto que los paramilitares combaten, se defienden, pero también atacan, es decir, tienen un carácter ofensivo; no siempre significan un orden político alternativo contrainsurgente, en muchas ocasiones van más allá, al ser órdenes alternos a los ya existentes en los territorios, que imponen una forma de pensar, modifican los valores comunitarios, acentúan algunos de sus componentes y/o reorganizan las territorialidades en torno a una forma particular de concebir el orden, ver y sentir el territorio.

Kalyvas y Arjona sostienen que los paramilitares tienen un carácter paralelo al Estado. Estos autores hacen una conceptualización de los paramilitares y mencionan que suele utilizarse los términos de paramilitares, milicias, grupos de autodefensas, escuadrones de la muerte, vigilantes, entre otras, en el lenguaje cotidiano para describir o referirse al fenómeno del paramilitarismo o aspectos relacionados con él; a groso modo proponen la siguiente definición: “Los paramilitares son grupos armados que están directa e indirectamente con el Estado y sus agentes locales, conformados por el Estado o tolerados por éste, pero que se encuentran por fuera de su estructura formal” (Kalyvas & Arjona, 2005, p.29).

Si bien esta definición reduce a los paramilitares a actores informales que tienen vínculos con el Estado, también los asume como ejércitos armados que “terminan asumiendo un importante papel político, militar y económico en la política de su país” (Kalyvas & Arjona, 2005, p.27). Respecto a ello, los paramilitares no sólo asumen un papel importante en el poder institucionalizado del Estado, en el ámbito territorial suelen tener un papel importante en el ámbito militar y económico y, sobre todo, en el ámbito social.

Los anteriores autores coinciden en que los paramilitares son grupos integrados por actores que hacen uso de las armas y la violencia para salvaguardar intereses económicos, y que además pretenden establecer órdenes alternos a los ya existentes en los territorios, para ser actores protagónicos en el ámbito político y económico.

En definitiva, el paramilitarismo es complejo en su composición al entender que no sólo son los paramilitares. Éstos son los principales agentes que conforman los grupos armados, pero quienes lo dotan de sentido y sostienen su dimensión ideológica son actores sociales y políticos.

3.2.2. Los paramilitares: soberanos en el territorio

En términos puntuales ¿cómo entender la finalidad de los paramilitares en la subregión de Occidente? A partir de la incursión de los grupos paramilitares en esa subregión antioqueña desde mediados de los años 90, a *los paramilitares* se les puede entender como agentes armados que tras disputarse el territorio con grupos guerrilleros, tuvieron la intención de establecer un orden político alterno al ya existente en el territorio, cooptar los espacios físicos y simbólicos para ejercer control social, político y económico y para eso hicieron uso de la violencia, de diversos mecanismos y modalidades de acción que modificaron al territorio y la vida de la población civil.

A la luz de los aportes de Kalyvas puede entenderse el uso de la violencia desmedida por parte de los paramilitares, desplegada en un territorio y contra la población civil, cuando la soberanía está en disputa:

Cuando al menos un actor político intenta gobernar a la población contra la cual usa la violencia, ésta última se convierte en un medio antes que en un fin, a menudo, al uso de la violencia como instrumento para moldear el comportamiento individual (incorporando un costo a las acciones particulares), se le da la connotación de “terror” (Kalyvas, 2001, p.6).

Sin embargo, cuando un actor es soberano en un territorio, suele variar su uso de la violencia, para aplicarla de forma más limitada, selectiva o discriminada, como se ha evidenciado en la vereda Barrio Nuevo y, de ahí, la importancia de analizar *la violencia como instrumento y la soberanía* de los actores; la primera, permite analizar las acciones por parte de los paramilitares al llegar a un territorio para su posterior disputa a mediados de la década de los noventa; la segunda, permite comprender lo que sucede posteriormente a la disputa y su consolidación en el territorio estudiado.

Kalyvas (2001) sostiene que las guerras irregulares alteran la soberanía, pues esta se fragmenta, lo que es clave para entender qué tanto un actor armado logra establecerse sobre un territorio y cómo eso determina su comportamiento frente a la población civil, pero también, la forma en la que un civil asume la convivencia con ese actor armado, pues se pueden dar apoyos, acciones de colaboración o lealtad suscitadas por diversas motivaciones e independientes de las posturas políticas, ideológicas o personales, como lo es la motivación por ⁶la supervivencia, que es en sí misma una forma de resistencia.

Entonces, ¿los paramilitares gozaron de soberanía en la vereda de Barrio Nuevo? Sí, fueron un orden alterno al ya existente, sin embargo, no lograron imponerse completamente, ya que hubo lugar para la resistencia y una tensión constante con los habitantes de la vereda por las significaciones del territorio, lo cual se profundiza posteriormente.

3.3. Territorio: Espacio físico y simbólico en disputa

Desde una definición tradicional, desde la geografía, suele entenderse el territorio como el espacio físico. Pimienta (2007) sostiene que desde la década de los noventa, con la incorporación de los estudios regionales en las ciencias sociales, el territorio empezó a concebirse desde su dimensión espacial y cultural, lo que permite interpretar las relaciones sociales y de poder que allí tienen lugar, de ahí la importancia de analizar la dimensión territorial del conflicto armado.

Llanos (2010) sostiene que el territorio es un concepto más flexible que el de espacio y “no sólo continúa representando el soporte geopolítico de los estados nacionales, sino que constituye una manifestación más versátil del espacio social como reproductor de las acciones de los actores sociales” (Llanos, 2010, p.213), esto quiere decir que el territorio puede ayudar en la explicación de la dimensión espacial de los procesos sociales, entre ellos las acciones de actores armados y la respuesta de las poblaciones.

Vázquez (2007) entiende al territorio como un espacio habitado y construido, donde está en disputa el espacio físico y el espacio simbólico; siguiendo las ideas de Henri Lefebvre, Luis

⁶ En Notas preliminares sobre resistencias de la sociedad civil en un contexto de guerras y transacciones, Maria Teresa Uribe sostiene que la supervivencia se dota por acciones puntuales, genuinas y estratégicas que garantizan la subsistencia y el quehacer cotidiano en un contexto de conflicto, precisamente, estas acciones se constituyen como formas de resistencia social. (Uribe, 2006).

Peña (2008) hace referencia al espacio social como una realidad creada que posee varias esferas: por un lado, se compone de una dimensión física, tangible y observable, es decir, el espacio físico, y por otro lado, lo que podría denominarse como espacio simbólico, donde tiene lugar lo inmaterial, que tiene que ver con las concepciones, representaciones y emociones que se experimentan en el espacio; es por ello que en el espacio tienen lugar las relaciones sociales, que también son las de poder.

Peña se pregunta por ocho dimensiones que tienen incidencia en las zonas rurales para la construcción de proyectos de paz y que vinculan tanto el espacio físico (producción; arraigo; permanencia; movilidad y encuentro; reglas de comportamiento) como el simbólico (afirmación de la identidad; seguridades de la comunidad; disfrute y espiritualidad; reglas de comportamiento), las cuales pueden estar en constante disputa por las relaciones de poder que pueden presentarse en el territorio.

En ese sentido, se entiende el *territorio* como un espacio físico y simbólico en el que tienen lugar procesos, acciones, relaciones sociales y de poder entre diversos actores, para el caso de este trabajo, entre los habitantes de la vereda Barrio Nuevo y los paramilitares. El territorio en este sentido es transversal en el análisis de las relaciones sociales y de poder que se presentan entre la población civil y los paramilitares u otros grupos armados, que una vez se hacen presentes en un espacio, disputan el territorio, modifican la territorialidad y cooptan los espacios, también se llevan a cabo acciones de interacción con los operadores de la violencia, entre ellas la resistencia social llevadas a cabo por la población en el espacio físico y simbólico.

Ahora bien, ¿por qué los paramilitares llegaron a Barrio Nuevo? ¿Cuáles fueron sus motivaciones? Luis Gabriel Salas (2015) sostiene que los territorios representan un valor geoestratégico para los actores armados porque allí pueden llevar a cabo sus intereses:

La expansión territorial ha sido el medio de los actores para conseguir sus fines, a través de la coacción a la población civil, en busca de aceptación. Pero ello no ha representado que la guerra se libre por la búsqueda de control territorial de grandes áreas; sino, más bien, por el control de territorios estratégicos que han estado en constante disputa, rutas de mayor importancia, zonas militares claves, el dominio de los alrededores de las grandes ciudades y el control de principales polos económicos o de recursos (Salas, 2015, p.169).

Esto quiere decir que los territorios como espacio físico pueden mejorar las condiciones de los actores armados y pueden influir en la consecución de objetivos militares y políticos. En ese sentido, lo que buscaron los paramilitares fue consolidarse en el territorio y ser un orden hegemónico y alterno en una zona geoestratégica para garantizar el ejercicio del poder mediante la cooptación de los espacios y el control a la población civil, como fue el caso de Liborina Antioquia.

En esa misma lógica, Salazar y Castillo (2006) sostienen que el conflicto armado colombiano puede asumirse como una guerra territorial, donde los actores armados establecen una relación con los espacios y las comunidades que viven en él, para así garantizar el control mediante la administración de la justicia y la seguridad, además, de establecer formas organizativas en los territorios.

García (1996) hace énfasis en que a partir de 1997, cuando se constituyen las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), se da un cambio en la dinámica del conflicto, pues se consolida una estrategia paramilitar para “recuperar” o “ganar” los territorios con presencia de guerrillas, pero además, al analizar la expansión de los actores armados en Antioquia, Uribe (1997) identificó en esa temporalidad un giro en el objetivo de la guerra, donde la población civil se convirtió en una especie de botín de guerra; ya no sólo se dio una disputa por los territorios como espacios físicos, sino también por la cooptación de los espacios simbólicos y la vida cotidiana de las personas.

Para que el conflicto armado tenga lugar, debe desarrollarse en un territorio y vincular actores con diversas motivaciones e intereses; los grupos paramilitares, entendidos como un actor armado lograron expandirse en la subregión del Occidente antioqueño a mediados de la década de los noventa, no sólo buscaron dominar un territorio espacialmente geoestratégico, sino que trasladaron allí un proyecto político, militar y social.

En este sentido, Liborina como territorio se convirtió es un escenario de disputa entre actores armados por el control político, social y económico, y una vez se dio el “triumfo” de los paramilitares frente a las guerrillas, empezó la cooptación de los espacios físicos y simbólicos, hubo una redefinición de los mismos, es decir, la territorialidades previamente existentes, los valores de la comunidad y las formas de ser y estar en el territorio cambiaron, lo que afectó directamente a la población civil y su vida cotidiana.

Del mismo modo, hubo una respuesta por parte de los campesinos frente a la dominación, el control y los hechos violentos limitados y selectivos como una forma de oposición ante sus operadores, así se consolidaron una serie de acciones de resistencia social de carácter sutil.

Cuarto Capítulo: Las Resistencias en la vereda Barrio nuevo (hallazgos)

«No les colaboramos voluntariamente, si alguna vez les tuvimos que colaborar fue obligadamente, pero no porque ese era nuestro propósito, y quedándonos en el territorio, "¿A dónde va el buey que no are?" tampoco nos dijeron que nos teníamos que ir de por aquí, entonces esa fue la resistencia» (Testimonio habitante de la Vereda Barrio Nuevo, 2022)

Hacerle frente al control de un actor armado no es tarea fácil, pues las relaciones de poder que se pueden presentar entre sus integrantes y los habitantes de los territorios implican asimetrías, injusticias, imposición, violencia, el uso de las armas supone una carga tangible y simbólica de cómo las personas deben actuar frente a los actores armados. Reconocer las dificultades propias de la guerra, de quienes la hacen y quienes la padecen, también invita a hacerle un reconocimiento y darles un lugar a las formas de hacerle frente al ejercicio del poder, es decir, las resistencias.

Por eso los habitantes de la vereda Barrio Nuevo tuvieron que ingeniarse acciones ante los paramilitares y su control, las formas de sufrirlo y afrontarlo, de rehacer la vida, permanecer en el territorio y finalmente, sobrevivir resistiendo.

Por esta razón, este capítulo se centra en las respuestas de los habitantes de la vereda Barrio Nuevo frente al poder de los paramilitares y su control en el ámbito social y político.⁷ Primero se hace una descripción de las formas de resistencia que tuvieron lugar durante el período de 1995 y 2005 para posteriormente entender el alcance y el sentido de estas formas de resistencia.

Como se mencionó en capítulos anteriores, tras la presencia de los paramilitares en la vereda Barrio Nuevo se impuso un orden local en el que tuvo lugar el control del espacio físico y

⁷ En los anteriores capítulos se menciona que los paramilitares lograron impactar en diversos ámbitos de la vida a los habitantes de la vereda, sin embargo, la esfera social y política fue la más afectada.

simbólico que afectó directamente el ámbito social y político en la vida comunitaria e individual de sus habitantes, pues el uso de mecanismos de acción como los asesinatos selectivos, las amenazas, las extorsiones, la estigmatización y la presencia y control constante por parte de los paramilitares en la vereda generó intranquilidad y miedo, por lo cual se fue configurando la obediencia y la legitimidad de este grupo armado.

Teniendo en consideración el grado de control de los paramilitares y el dominio en y hacia el territorio y sus habitantes, las afectaciones en términos humanos, sociales, materiales y de organización comunitaria hizo que la posibilidad de una resistencia civil organizada y directa tuviera un margen reducido.

Sin embargo, sí hubo expresiones de resistencias cotidianas que comprendieron acciones individuales y/o colectivas expresadas de manera visible o sutil, como una forma de contrarrestar o hacerle frente a la dominación y control paramilitar. Entre ellas se identificaron tres formas de resistencia que fueron comunes y persistentes: la resistencia transaccional, la resistencia contestataria y la resistencia de permanencia, que a su vez se afirmó en siete estrategias de permanencia: la solidaridad a corto plazo, la espiritualidad, el reacomodamiento del hogar, los cambios íntimos, el tránsito de otros caminos, los procesos de liderazgo y la siembra y el cuidado.

4.1. Tipos de resistencia social de los habitantes de la vereda Barrio nuevo

Las expresiones de resistencia social en Barrio Nuevo no fueron acciones adelantadas desde espacios organizativos, en cambio, fueron respuestas que tuvieron lugar en los espacios cotidianos, acciones individuales e íntimas que apuntaron a mantener la dignidad y la defensa de los modos propios de existir y vivir en el territorio.

Desde luego, estas acciones respondieron a diversos propósitos, como la solidaridad y empatía comunitaria, la seguridad, la preservación de la vida, pero sobre todo, el deseo de seguir habitando su lugar de origen, lo cual implicó transacciones, desobediencia, obediencia y cambios profundos en las formas de ser, estar y pensar la vereda como espacio físico y simbólico.

A continuación, se mencionan las acciones que los civiles hicieron frente a los paramilitares y su control en el territorio

4.1.1. Resistencia transaccional

La violencia derivada del conflicto armado y el control por parte de los paramilitares dejó un marco reducido de opciones para los habitantes de la vereda Barrio Nuevo, por ello, asumir compromisos, tener diálogos y conversaciones y finalmente hacer transacciones, fue una estrategia de supervivencia, en algunos casos fue la única opción que se tuvo pues quienes ejercían control y ordenaban lo hacían con armas en mano, por lo que la “colaboración” o el “compromiso” partía de la obligatoriedad.

Un buen ejemplo de esta forma de resistencia la ejemplariza un habitante de la vereda: los paramilitares sabían que él era una de las personas que por las condiciones de su finca tenía mayor poder adquisitivo que otros habitantes de la vereda, por lo cual lo citaron a una reunión donde le pidieron \$500.000, allí también le dijeron que, si no tenía en el momento esta suma, la podía llevar al municipio de Liborina. Él en primera medida se negó pues no contaba con ese dinero, pero los paramilitares procedieron a amenazarlo y le exigieron que les entregara la mitad de lo que habían pedido en un principio, pero él insistió en que no tenía esa suma de dinero por lo que procedió a entregarles menos de la cantidad exigida, éstos aceptaron esa suma de dinero y no volvieron a extorsionarlo.

Este ejemplo es uno de los más evidentes en el marco de la resistencia transaccional y fue recurrente en los habitantes de la vereda, aunque generalmente fue una acción de resistencia de carácter individual. Las expresiones de esta resistencia fueron diversas, como la de “colaboración” o la realización de “mandados”, que generalmente incluyó la relación directa de los paramilitares con el espacio físico, es decir, éstos permanecieron en las casas, pidieron favores, hicieron uso de los espacios comunes y familiares y los habitantes de la vereda no tuvieron otra opción que llegar a acuerdos: “no, yo no le estoy haciendo ningún favor ni le voy a vender nada, ahí están las gallinas, ustedes verán si las cogen, también ahí está la cocina, ustedes verán si cocinan ahí” (Comunicación personal, enero de 2022).

De este modo, los paramilitares se insertaron en la cotidianidad de las familias y sus vidas íntimas, lo que les permitió entre tantos motivos, ejercer control territorial de manera directa. Precisamente, lo más relevante de la resistencia transaccional radica en que los habitantes de la vereda encontraron la forma de seguir viviendo y conviviendo con estos actores armados, llegando a acuerdos frente a las exigencias de distinta índole.

Ahora, los habitantes de la vereda procuraron tener un trato cordial con los paramilitares, pues éstos estaban habitando los espacios privados y públicos, pero es importante resaltar que pese a ello, se evitó la mayor parte del tiempo establecer vínculos o relaciones directas por el señalamiento que se podía haber generado, por el miedo y por la diferencia ideológica, aunque también es importante mencionar que hubo quienes simpatizaron con los paramilitares y su accionar, lo cual es diferente a las alianzas o articulaciones. La resistencia transaccional está lejos de significar cercanía o articulación con los actores armados, pues fue una estrategia de supervivencia frente al control paramilitar y una respuesta ante las exigencias de estos con la intención de llegar a acuerdos:

yo prefería más bien enfrentarlos que huirles, porque si usted les huía era blanco para ellos, ahí sí que lo mataban "ah es que nos está corriendo". Entonces a mí me tocó más de una vez enfrentarlos, saludarlos normal, esperar a ver qué iban a decir o que se lo iban a llevar a uno obligado a que les hiciera algún mandado (Comunicación personal, enero de 2022).

La resistencia en este sentido se puede evidenciar en el hecho de que las personas preferían enfrentar y tener un diálogo con los paramilitares, así, la transacción se refiere a acuerdos que fueron suscitados desde la obligatoriedad y que buscaban la preservación de la vida.

A continuación, se menciona un ejemplo cotidiano de la resistencia transaccional que da cuenta de uno de los tantos sucesos que requirieron de un tratamiento cordial, de diálogo y cercanía con el grupo armado, pero que en el fondo buscaban la seguridad y la preservación de la vida e incluso desmitificar las acusaciones y señalamientos

[...] Ya uno salía al pueblo y era mero problema porque decían: "ah, usted es colaborador de la guerrilla, usted es de La Pedrona". Una vez que las muchachas se fueron a estudiar a Sabanalarga, yo llevaba un mercado para allá y dizque: "usted le lleva mercado a la guerrilla", pero ya salían siendo las autodefensas, "este mercado es para la guerrilla", y yo dije: "no, esto es para unas muchachas que yo tengo estudiando en Sabanalarga" (Comunicación personal, enero de 2022).

En la narración de la historia, este habitante de la vereda cuenta cómo tuvo que sostener un diálogo duradero con los paramilitares, quienes después de retenerlo, lo estaban acusando de ser colaborador de la guerrilla y de llevarles mercado; los paramilitares cuando se encuentran con este habitante de la vereda proceden a abordarlo de manera violenta, sin embargo, después

de indagar y verificar que en efecto el mercado era para el sostenimiento de sus hijas, que se encontraban en otro municipio, lo dejaron seguir y se excusaron.

Los paramilitares ya habían prohibido a los habitantes de Barrio Nuevo hacer grandes compras de víveres y alimentos, por lo que el simple hecho de hacer grandes compras de mercados de manera pública significó desobediencia ante el control de los paramilitares. Desobedecer ante el orden local impuesto por los paramilitares fue una acción de resistencia cotidiana y contestataria, como se verá adelante.

4.1.2. Resistencia contestataria

Los habitantes de la vereda en muchas ocasiones temieron expresar abiertamente lo que pensaban sobre el control, el dominio y las acciones violentas llevadas a cabo por los paramilitares, sin embargo, sí hubo expresiones de resistencia directa que desafiaron abiertamente al accionar paramilitar y se basó en la desobediencia como respuestas individuales.

Esta forma de resistencia se evidenció en actos aparentemente insignificantes de apelación, rechazo y desobediencia, acciones que, para la mayoría de las personas, no significaron mayores represalias, sin embargo, quien desafió y confrontó directamente el control paramilitar, fue asesinado. Este hecho marcó tanto a la comunidad que fue uno de los recuerdos reiterativos sobre los hechos violentos en y contra la comunidad, pero también fue resaltado como una gran expresión de resistencia.

Gabriel Henao encaró a los paramilitares con el fin de evitar pérdidas materiales, pues estas significaban los medios de supervivencia para él y su familia; cuando les desafió directamente fue amenazado y unos días después, los paramilitares lo asesinaron.

Después del hecho violento, Gabriel Henao constantemente es recordado en la historia de la vereda, pues llevó a cabo un acto de resistencia contestataria que fue trascendente por el hecho de desobedecer, infortunadamente también significó un punto de partida en el que los habitantes de la vereda se vieron obligados a responder de manera más sutil ante la presencia y control paramilitar, por el miedo que generó la represalia frente a don Gabriel.

Un ejemplo de ello fueron las acciones donde se procuró ayudar a vecinos y amigos, aunque eso significara un riesgo propio y la confrontación cara a cara con miembros paramilitares,

siendo esto un desafío directo ante las imposiciones y el miedo que se había fundado, es decir, acciones contestatarias que no llegaron al punto de la desobediencia, pero que sí pusieron en vilo la seguridad y vida propia

[...] yo sí me sentí muy pordebajado cuando nos cogieron de rehenes "es que ustedes son guerrilleros, que venga para acá" que nos dejaron toda la noche en el corregimiento de La Honda, incluso yo en la madrugada me les volé y resulté pa' otro lado colaborándole a unos muchachos que le tenían un mercado grande por allá, que yo sabía que era pa' la familia [...], entonces yo me les volé de dónde nos tenían y cogí el mercado de donde ellos lo tenían; lo cogí, lo guardé en la pieza y dízque "hombre, por eso te van a matar" y yo: "no, es que nadie va a decir que yo escondí ese mercado ¿que se perdió un mercado? ¡no sabemos!" eso le dije yo a los que me vieron. Cuando eso yo fui a hablar por el señor ese y yo dije: "cómo que ese señor guerrillero, si es que ese mercado es para la familia" y yo dije "me llevo el mercado para allá y si por eso me van a matar... véalo aquí, es que no lo estoy escondiendo, lo tengo guardado porque yo sé que es para una familia que lo necesita" ese era mi objetivo y fue mi acción de resistencia, que esa familia no se quedara sin comida (Comunicación personal, enero de 2022)

El miedo a la muerte o las represalias hacia los habitantes de la vereda por parte de los paramilitares marcó un precedente donde las acciones de resistencia tuvieron matices y se dotaron de sutilezas, así mismo, se puede entender por qué las acciones en el marco de la resistencia contestataria fueran limitadas, sin embargo, no inexistentes. Estas acciones dan cuenta de que sí hubo cuestionamientos al control y los hechos violentos de los paramilitares y en ese sentido, estas acciones fueron un intento por poner límite al poder de estos, pero sobre todo para exigir autonomía, aunque eso haya implicado un riesgo individual.

4.1.3 Resistencia de permanencia

Hasta ahora se ha planteado que en el ejercicio del poder y en la imposición de un orden local, los paramilitares lograron legitimarse ante una parte de la comunidad y que, aunque no haya sido generalizado, hubo una simpatía de habitantes de la vereda con ese grupo armado, por la sensación de seguridad y orden que les significó.

Si bien en Barrio Nuevo no hubo desplazamientos forzados⁸, sí hubo amenazas y hechos violentos en contra de sus habitantes, motivos que, sumados a la constante presencia de los paramilitares y el control en y sobre el territorio, hizo que varios habitantes de la vereda consideraran desplazarse hacia el casco urbano del municipio de Liborina, Sabanalarga y Medellín, sin embargo, nunca lo hicieron; el hecho de que Barrio Nuevo no registre desplazamientos derivados de la violencia producto del conflicto armado es significativo en Antioquia considerando la intensidad del desplazamiento en las zonas rurales con presencia de actores armados.

Para los habitantes de la vereda, la permanencia en el territorio implicó pensar y llevar a cabo estrategias que les permitieran seguir con su vida, pese a las amenazas, las extorsiones, la muerte y la desesperanza. Estas estrategias atravesaron la esfera individual e íntima, además, hicieron que las relaciones colectivas y comunitarias se transformaran, por lo que la permanencia en el territorio, además de ser la más grande expresión de resistencia, comprometió las formas de ser y estar en los espacios físicos y simbólicos.

Así, se identificaron siete estrategias de permanencia que constituyeron las acciones de resistencia para permanecer en el territorio.

a. Solidaridad a corto plazo: si bien la presencia por parte de los paramilitares afectó el tejido social comunitario y la organización social y política, específicamente las acciones violentas (amenazas, retenciones y asesinatos) en contra de los habitantes de la vereda, generaron espacios colectivos para resolver problemas comunes y puntuales como el de la alimentación.

En la vereda quienes tuvieron situaciones difíciles producto de los confinamientos y las prohibiciones en la compra de mercados, fueron ayudados por sus vecinos, quienes amable y desinteresadamente compartieron alimentos; también cuando se presentó el enfrentamiento durante tres días consecutivos entre guerrilla y paramilitares, la comunidad decidió llevar alimentos a escondidas a quienes estaban siendo retenidos en un monte por este grupo armado.

Ahora, estas acciones constituyeron una fuerza importante en la comunidad, en tanto se decidió apoyar al otro sin dar prioridad a los riesgos o consecuencias de tal acción, también

⁸ En las bases de datos como el Registro Único de Víctimas no hay registros de este hecho victimizante en esta vereda y según los relatos de los entrevistados nunca se presentaron desplazamientos forzados.

porque los paramilitares buscaron resquebrajar todo tipo de relación y cooptar los tipos de organización comunitaria, sí posibilitaron la construcción de redes de apoyo comunitarias.

b. La espiritualidad: En los contextos de confrontación armada, hechos victimizantes y control territorial, los recursos que posee la población son limitados, pues no hay un control sobre el entorno y hay un desborde de emociones como el miedo, la frustración o la rabia; sin embargo, la evocación de los poderes sobrenaturales y divinos se constituyen como una estrategia de afrontamiento de la realidad.

En Barrio Nuevo las diferentes formas de espiritualidad fueron un recurso importante para afrontar las situaciones derivadas del conflicto armado a nivel colectivo e individual. La fe en la iglesia y los sacerdotes hizo que los encuentros religiosos fueran constantes, por lo que se invitaba al sacerdote del corregimiento de La Honda a la vereda para tener un espacio de eucaristía. Si bien la tradición católica en sí misma no se constituye como una forma de resistencia, en Barrio Nuevo fue un recurso para sentir seguridad en el entorno, una estrategia de desactivación del miedo, la frustración y la rabia, pero, sobre todo, posibilitó el encuentro y socialización entre los miembros de una comunidad conmocionada por la violencia y el control ejecutado por los paramilitares.

La espiritualidad de este modo hizo parte de los espacios íntimos y privados, pero también de los públicos y abiertos, y tanto en el ámbito colectivo como en el individual se constituyó en una estrategia simbólica de resguardo que hacía sentir seguridad en el entorno.

c. Reacomodamiento del hogar: El asesinato de Gabriel Henao dejó una conmoción en la comunidad y también implicó una afectación directa a sus familiares y los espacios íntimos; por ello las familias pensaron estrategias que hicieron más llevadera la cotidianidad, menos dolorosa la estancia en sus hogares y que permitieron recordar sin daño.

Esto implicó un cambio directo en las estructuras y formas físicas del hogar; el reacomodamiento de los objetos, el deshecho de unos tantos y la construcción de otros. Las modificaciones en este sentido fueron necesarias para sentir los espacios seguros y fueron una estrategia de permanencia, en tanto en el proceso de asimilación del hecho violento, las personas buscaron la forma de que los recuerdos asociados al hecho victimizante fueran menos frecuentes y por ende que el transcurso cotidiano de la vida íntima fuera menos doloroso; en

otras palabras, lo que significó fue una nueva forma de ver y percibir el espacio físico y fue una acción simbólica que atravesó de manera profunda a las personas.

Quitar, acomodar, cambiar, fueron acciones necesarias para resistir ante la muerte, el control y la violencia, pero sobre todo fueron estrategias que en el fondo buscaban algo elemental: permanecer en el territorio.

d. Cambios íntimos: la vieja consigna proveniente de los postulados del feminismo, “*lo personal es político*”, recobra fuerza y trascendencia en los escenarios donde tiene lugar la violencia derivada del conflicto armado, y, sobre todo, en los tipos de resistencia que apuntan hacia acciones individuales llevadas a cabo por las mujeres, logrando transformar la vida propia y su entorno cercano.

En Colombia la vida comunitaria en las zonas rurales se ha ido transformando una vez han tenido lugar hechos violentos como los asesinatos o las amenazas, pues éstos han logrado desestabilizar los núcleos familiares que en el campo han definido roles y tareas para sus miembros; generalmente, a las mujeres se les ha asignado las labores del hogar, el cuidado y el sostenimiento de la vida, los hombres por su parte han realizado en su mayoría trabajo en el campo, principalmente en la cosecha y recolección de alimentos, es decir, han tenido un rol de proveedores, siendo, tanto mujeres como hombres, activos e indispensables para el desarrollo y sostenimiento de su entorno y vida.

De hecho, Barrio Nuevo no fue una excepción en la asignación de roles preestablecidos para mujeres y hombres, sin embargo, el panorama en la vereda cambió como efecto de los asesinatos, ya que las mujeres en vista de la ausencia del “hombre de la casa” tuvieron que asumir, no sólo los roles que culturalmente les habían sido otorgados, sino también el manejo de las tierras y la economía; con ello hubo mujeres de Barrio Nuevo que tomaron decisiones radicales en torno a su cuerpo y estética, pues las nuevas actividades les exigieron una adaptación al contexto.

Sumado a lo anterior, el ser mujer implicó una manera diferenciada de sentir la presencia de los paramilitares y del mismo modo, una forma particular de hacerle frente al ejercicio del poder. Tras el control paramilitar y las reiterativas amenazas, las mujeres se sintieron inseguras y con miedo, razón por la cual muchas de ellas cambiaron dos aspectos esenciales en su estética: la forma de vestir y llevar el cabello.

Consecuencia de una y otra circunstancia, las mujeres dejaron de maquillarse, se peinaron diferente y eligieron un vestuario que las hizo sentir seguras de no sufrir una violencia basada en su género, un enamoramiento o una fijación por parte de los paramilitares.

Me gusta cambiar todo, hasta cambié la forma de vestir, yo antes me ponía vestidos y faldas, y a mi esposo le gustaba mucho, y desde esa hora y ese punto yo dije: no me vuelvo a poner un vestido, cambié eso, se me cayó hasta el pelo, entonces a mí me han gustado los cambios a nivel personal, a nivel de la casa, veo el entorno, la forma de transformar los medios, yo soy amiga de todos los cambios que se puedan hacer. (Comunicación personal, enero de 2022)

Ahora bien, las mujeres se vieron afectadas de manera particular y diferenciada por los paramilitares y la violencia derivada del conflicto en dos sentidos, el primero de manera colateral cuando hubo un hecho victimizante hacia sus parejas o hijos y segundo, de manera directa cuando se sintieron amenazadas e inseguras por su condición de género, pese a esto, ellas encontraron la forma de seguir en su territorio aunque esto les implicó unas transformaciones de su cuerpo y estética y de la manera de vivir en su propio espacio. Las mujeres en Barrio Nuevo fueron cruciales para comprender la importancia de la resistencia desde lo personal, cotidiano y sencillo, lo que no desdice de su profundidad y trascendencia.

e. Transitar otros caminos: cuando los hechos violentos como los asesinatos o torturas se cometen en los espacios habituales de las comunidades, los espacios físicos se dotan de un sentido negativo, rayando con el horror, pues recuerdan de manera directa el hecho violento, es decir, los lugares empiezan a tener una carga simbólica que todo el tiempo genera un mal recuerdo, acompañado de emotividad; por esa razón, cuando ocurrió el asesinato de Gabriel Henao, su familia y personas de la comunidad empezaron a transitar otros caminos que condujeran a su casa

yo si le bregaba a hacer las modificaciones por ahí, como para tener más disipados los recuerdos, como que eso me ayudó a mí a tener una mejor terapia para enfrentar; no es que a uno se le olviden las cosas, pero sí digo, ya uno pasa por el lugar y como que le duele menos, por eso me ha gustado transformar el entorno, incluso yo transformaba todo, los caminos, las entradas a la casa eran por otros lados, cambié para que ese camino no fuera el que yo recorría con las personas (Comunicación personal, enero de 2022).

En ese sentido, recorrer y rehacer nuevos caminos implicó un reconocimiento de los hechos ocurridos y de la necesidad de tomar acciones de resignificación frente a un espacio que dejó

una huella dolorosa en la comunidad. En este caso, la resignificación de espacios fue la estrategia que implementó la comunidad y la familia de Don Gabriel para seguir habitando su espacio, fue una forma de mitigar el dolor y disipar el recuerdo, o más bien, recordar de otra manera, además, el abandono del camino fue el comienzo de la transformación de un entorno puntual.

f. Los procesos de liderazgo: la presencia constante de los paramilitares en el territorio y su control sobre esferas individuales y espacios públicos en la vereda, hicieron que los procesos comunitarios se resquebrajaran, como fue la asociatividad y el trabajo colectivo de la Junta de Acción Comunal (JAC).

Cuando llegaron los paramilitares existía la JAC, sin embargo, por el grado de su control e influencia, la comunidad no pudo consolidar un proyecto político de base, por lo que la participación y acción política en espacios decisorios locales fue casi nula, a excepción de la participación electoral, pues los paramilitares en esta esfera no controlaron u obligaron a la población a tomar decisiones.

Por estas razones, la consolidación y formación de liderazgos en la vereda fue escasa, no obstante, hubo iniciativas individuales que se conservaron en el tiempo. Dichas acciones permitieron que en la vereda se adelantaran proyectos situados en el espacio físico y en el fortalecimiento de la organización comunitaria, específicamente en los convites, el trabajo comunitario en pro de la solidaridad vecinal y en el reforzamiento de la JAC.

g. La siembra y el cuidado: las campesinas y campesinos han establecido vínculos profundos con el espacio en el que habitan, eso ha hecho que el respeto y cuidado por la vida de otros seres esté presente en la cotidianidad. Por esta razón, sembrar fue una forma de ver crecer la vida, y en términos simbólicos de verla resurgir. Por otra parte, los animales se convirtieron en muchos casos en la compañía de los habitantes de la vereda, también fueron un sostenimiento para la economía familiar y la seguridad alimentaria.

Por eso en la vereda Barrio Nuevo nunca se dejó de sembrar, y gracias a ello en los momentos de crisis por la falta de alimentos y la prohibición en la compra de mercados, las familias no se perjudicaron totalmente por la carencia de alimentos; la siembra de yuca, maíz, frijol, plátano, hortalizas y árboles frutales dio lugar a la solidaridad comunitaria, cuando alguien necesitó alimentos, recibió el apoyo de sus vecinos y vecinas.

Las gallinas, cerdos y reses fueron los animales que sirvieron como fuente de sostenimiento a la alimentación familiar y también a la obtención de recursos económicos, gracias a la venta de carne, lácteos y huevos. Frente a ello, llama la atención que los animales también fueron una compañía y distracción pues en el tiempo empleado en su cuidado constituyó una abstracción o alejamiento temporal de la realidad violenta, lo cual también sucedió con la siembra de jardín.

Junto a los animales, las flores y sus colores fueron asociadas con el resurgir de la vida, potenciaron la emotividad y la esperanza en un escenario de tristeza y desasosiego, es decir, fueron, en palabras de una de las participantes de la investigación, su terapia

A mí siempre me ha gustado el jardín, me ha encantado, las matas tienen algo, uno siembra la plantita, y cuando es una mata que florece uno dice: "ay ya me va a florecer". Entonces a mí eso me motiva mucho y digo: "mañana me voy a levantar y voy a ver cómo está"; yo soy matada con las matas, a mí me dicen: "ve, vos es que hablás sola" y yo digo: "no, yo cortándolas y desyerbándolas, yo hablo con ellas" y, sinceramente, esa fue la mejor terapia mía; a mí los animales y el jardín me encanta por eso, yo tengo unas gallinas y yo les hablo, y esas gallinas el día donde no voy donde ellas algo pasa, porque yo siempre voy, parecen amaestradas, les abro la puerta, les echo la comida, y sí, todo ser vivo no es que le va a contestar a uno, pero sí tienen conexión con uno... y a mí las plantas me han dado la terapia y toda la vida me han gustado (Comunicación personal, enero de 2022).

El vínculo de los campesinos con el espacio físico, la tierra y los seres que la habitan es de tal profundidad que sembrar, conversar, cuidar, ver crecer la vida y apoyarse en ella fue una estrategia de permanencia y resistencia que disipó varios de los efectos directos de la violencia del conflicto armado hacia las comunidades, entre ellos el dolor, la desesperanza, incluso, la muerte; sembrar y cuidar tuvieron una relación directa con la vida.

4.2. Los fines de la resistencia

Reconocer el esfuerzo y la capacidad que han tenido las poblaciones campesinas para adecuarse y manejar situaciones complejas relacionadas con el conflicto armado, es esencial para comprender los procesos que hoy son los soportes de la ruralidad, también para romper con aquellos lugares comunes de victimización en los que se suele caer al mirar a las personas afectadas directamente por el conflicto armado y sobre todo, para darles un lugar como sujetos

políticos con capacidad de agencia, en tanto han sido los transformadores de sus realidades, contextos y territorios.

Quienes han resistido no siempre han sido conscientes de que lo hacen y, aun así, en cada acción o estrategia que han llevado a cabo, la resistencia se ha ido dotando de sentido, ha ido tomando forma y cuerpo. En Barrio Nuevo, la permanencia en el territorio, las ganas de vivir en él, de salvaguardar la vida propia y la familiar, hizo que la población se ingeniara estrategias desde la cotidianidad para responder ante el ejercicio del poder y el control paramilitar.

En el siguiente apartado, se analizarán de manera general los tipos de resistencia en el marco de tres elementos constitutivos de sí: la permanencia, la supervivencia y el acto de resistir; de cada elemento se rescatan las motivaciones de los habitantes de la vereda para llevar a cabo el ejercicio de la resistencia para comprenderla, de este modo, como un fin en sí mismo.

4.2.1. La permanencia en el territorio

La resistencia en la vereda no fue un proceso consciente durante la temporalidad estudiada, es decir, las personas buscaron las formas de hacerle frente al control paramilitar pero estas acciones no fueron nombradas como resistencias, sin embargo, la posibilidad de volver al pasado de manera reflexiva hizo que las personas fueran conscientes de que muchas de sus acciones y estrategias frente a los paramilitares fueron formas sutiles y no visibles de resistir que transcurrieron en la cotidianidad.

Recordar el pasado en este caso fue un proceso que le permitió a los participantes de la investigación tres cosas; la primera, una reflexión crítica sobre el pasado, lo cual dio paso a lo segundo, una concientización de los matices políticos de los que gozaron las acciones llevadas a cabo en la vida cotidiana, como respuestas ante el control paramilitar y, tercero, la reivindicación de ellas y ellos como sujeto políticos, que gozaron de individualidad, de una dimensión privada e intereses particulares, y que éstos elementos correspondieron o tuvieron la misma naturaleza de los intereses generales o de la mayoría de los habitantes de la vereda: permanecer, supervivir y resistir.

Lo que en este texto se ha denominado como territorio tuvo significados diferentes para los grupos paramilitares y para los habitantes de la vereda. Para los primeros se trató de un espacio físico, asociado a la existencia de la tierra, en cuyo escenario podían cumplir con los propósitos

de la guerra, en otras palabras, se utilizó como una herramienta para llevar a cabo la expansión del proyecto político y militar, sin importar las afectaciones que sobre él o sobre sus habitantes pudieran tener las acciones violentas. Fue una relación en la que prevaleció la extracción de recursos, el irrespeto por lugares, se invisibilizaron las funciones colectivas de permitir el disfrute y la espiritualidad y la movilización de manera tranquila.

Para los habitantes de la vereda el territorio fue y es el asidero en el cual la existencia humana y la naturaleza con sus múltiples interacciones tienen lugar, en ese orden de ideas, es un espacio que continuamente se está construyendo y resignificando de acuerdo a los acontecimientos que viven quienes lo habitan; es un espacio que supera la referencia física para ubicarse en una dimensión simbólica, en la que cobran sentido sus montañas, sus piedras, sus quebradas, sus árboles.

La relación que los habitantes de la vereda establecen con el territorio pasa por reconocerle y respetarle sus riquezas, se tiene la convicción que en este lugar se puede ser lo que se es de manera espontánea y libre, con confianza y conocimiento en lo que este puede o no producir; los hombres y las mujeres saben muy bien, cuándo, cómo y dónde sembrar, intuitivamente se van designando funciones y significados a determinados espacios, así entonces, se reconoce a dónde ir a hacer los negocios, a dónde ir si se quiere estar solo, a dónde ir cuando se trata de divertirse.

En definitiva, sus habitantes han construido una relación fuerte, afectuosa y respetuosa con el territorio, una que los lleva a considerar negociaciones o acuerdos para que el lugar siga siendo parte de sus vidas, aun cuando permanecer en él no les garantiza una buena vida. El territorio ha hecho parte de la propia existencia de sus habitantes pues es el lugar en el que han construido sus identidades, lo que dista de manera radical con la idea de territorio de los paramilitares.

La vida de las y los campesinos de Barrio Nuevo se ha sustentado a partir del arraigo a su territorio, de las relaciones que allí han establecido con sus familiares, vecinos y con la naturaleza. Después de la llegada de los actores armados a este territorio y específicamente del control ejercido por los grupos paramilitares, las territorialidades que existían previamente se transformaron, es decir, hubo una recomposición del territorio en función o pese a la guerra, donde los valores comunitarios, las prácticas organizativas y las formas de sociabilidad cambiaron, lo que hizo que las reglas de juego de convivencia entre las y los campesinos y los

paramilitares se modificaran; por lo anterior, habitar, sentir y pensar el territorio, las formas del uso de la tierra, incluso sus actividades personales, íntimas, familiares y comunitarias, cambiaron alrededor de las nuevas significaciones del territorio, que desde luego, estuvo controlado y limitado por el accionar paramilitar.

El territorio fue un escenario de disputa tanto para sus habitantes como para los paramilitares, pero ¿qué se disputaron? ¿en dónde radicó la tensión? En el poder. Esta tensión fue constante, por un lado, como ya se ha expresado anteriormente, los paramilitares querían dominar el territorio para controlar a la población y llevar a cabo su proyecto político y militar; por otro lado, los habitantes ejercieron resistencia porque deseaban supervivir y permanecer en su territorio, sin embargo, convivieron en el mismo escenario.

Uribe (2006) sostiene que en contextos de conflicto armado las personas siempre tendrán el recurso de la huida, es decir, el desplazamiento forzado, que “es una imposición violenta de los nuevos conquistadores del territorio” (Uribe, 2006, p.72) y que se constituye como “una vieja y conocida estrategia de las personas para salvar sus vidas” (Uribe, 2006, p.72).

En ese sentido, los habitantes de la vereda tuvieron una interpelación constante sobre qué decisión tomar frente a la violencia y el control paramilitar, de ese modo, quedarse o partir hacia otros lugares fue uno de los cuestionamientos más profundos y determinantes para el territorio y sus vidas en el contexto del conflicto armado; ellas y ellos decidieron quedarse, lo cual implicó resistir. Ahora bien, esta decisión se entiende porque para los habitantes de la vereda siempre prevaleció el vínculo con el territorio, aunque las significaciones del mismo como un espacio tranquilo, sin la presencia y control de los paramilitares, hubiese cambiado a partir de su llegada, disputa y control territorial; por ende, el territorio se convirtió en un espacio intranquilo e inseguro, donde ámbitos como el social y el político fueron los más afectados, precisamente, por la presencia y accionar de ese bando del conflicto.

Aún con estos cambios, el territorio posibilitó que se consolidaran las identidades; ser de un territorio y sentirse parte de él fue lo que motivó la resistencia⁹, por lo tanto, el arraigo y el cariño al territorio fue lo que posibilitó la permanencia y del mismo modo, la resistencia.

⁹ Acciones que se vieron recogidas en las tres formas de resistencia y las siete estrategias de permanencia que se abordaron anteriormente

La permanencia de esta manera fue simultáneamente un fin y una causa de las acciones de resistencia, que, para los habitantes de Barrio Nuevo, quedarse en su territorio fue la acción más significativa, aunque ello haya implicado cambios para sus vidas. De este modo, los habitantes de la vereda se ingeniaron y desplegaron estrategias que le dieron forma a la resistencia, a pesar de la eficacia de la violencia y el control de los paramilitares.

Entonces, las acciones y estrategias de resistencia llevadas a cabo por los habitantes de la vereda que le hicieron frente a los paramilitares además de la motivación de permanecer en el lugar de origen buscaron preservar la vida, es decir, la supervivencia fue un anhelo constante.

4.2.2. La supervivencia

Tanto Scott (2000) como Osorio (2001) y Uribe (2006) sostienen que las personas que resisten ante un poder tienen una doble intencionalidad, la primera, hacerle frente a la dominación y segundo, supervivir.

Por su parte, Osorio sostiene que la resistencia tiene apuestas profundas por la transformación, y que quienes la llevan a cabo tienen una conciencia crítica de las acciones en el marco de la resistencia, sin embargo, el caso de Barrio Nuevo da cuenta de que no necesariamente tuvo que haber una conciencia de las acciones y estrategias llevadas a cabo para que pudiese haber resistencia, o por lo menos, para que tuviese un efecto transformador en el ámbito individual.

Ahora bien, para la autora resistir y supervivir no significan lo mismo, sin embargo, ambas pueden dar cuenta de las capacidades que poseen o adquieren las comunidades para adecuarse y manejar de diversas maneras situaciones de alto riesgo, de hecho, encuentra articulaciones entre las resistencias cotidianas y la supervivencia “Puesto que las resistencias cotidianas se dan en medio de alianzas tácitas entre las personas y no en expresiones colectivas organizadas y abiertas, se articulan muy bien con la opción de supervivencia que, aunque en apariencia es bastante pragmática, con frecuencia es sólo una sumisión... aparente.” (Osorio, 2001, p.71).

Para James S. Scott (2000) en las acciones de resistencias sutiles hay un propósito principal de la supervivencia, pero además hay una lucha generalmente inconsciente por la autonomía. Más que una lucha, se convierte en un anhelo y en una necesidad; en el caso puntual de Barrio

Nuevo, las acciones de resistencia contestataria son las que mejor ejemplifican las acciones de resistencia sutil junto con la supervivencia y la lucha por la autonomía.

Para Scott las resistencias sutiles son actos políticos que se llevan a cabo de manera disfrazada, incluso de forma silenciosa en los escenarios jerárquicos, de poder, control y dominación, que buscan entre tanto, sobrevivir. En el caso de Barrio Nuevo puede identificarse cómo las resistencias sutiles también puede ser acciones contestatarias y disidentes que pusieron por encima de la preservación de la vida, la autonomía, la dignidad y la independencia.

Al igual que Osorio y Scott, Uribe (2006) sostiene que en los escenarios de conflicto armado siempre estuvo presente el fin de la supervivencia, expresado de una u otra forma en las acciones de resistencia sutil; de hecho, la autora identifica que en escenarios de dominación las estrategias del acuerdo, la negociación y la transacción privada pretenden tener impactos positivos y de manera transitoria en la cotidianidad, sin embargo, esto también habla de la inoperancia del orden institucional y que en muchas zonas de difícil acceso, como en el caso de Barrio Nuevo, las personas recurrieron a acciones de resistencia transaccional.

En Barrio Nuevo, la resistencia y la supervivencia se articularon todo el tiempo. No fue común que una se sobrepusiera ante la otra y difícilmente se podrían hallar diferencias sustanciales entre ambas, ya que en el fondo las acciones y estrategias de resistencia fueron pensadas en torno a la primacía de la vida, la permanencia en el territorio y en hacerle frente al control, y por su parte, la supervivencia dotó de sentido a la resistencia en tanto fue vista como la posibilidad de continuar con las actividades cotidianas minimizando los riesgos.

De esta forma, la supervivencia estuvo atravesada en cada acción y estrategia de resistencia y a diferencia de ella, la supervivencia sí se hizo consciente puesto que quienes la interiorizaban o anhelaban lo hicieron conociendo las limitaciones y los riesgos que corrían al llevar a cabo acciones y estrategias ante una situación de peligro inminente.

4.2.3. El acto de resistir

La presencia, control y ejercicio del poder de los paramilitares afectó directamente el territorio en su dimensión física y simbólica; allí hubo un retroceso en los procesos políticos y las formas organizativas pues su presencia y violencia hicieron que se reconfiguraran las

territorialidades, por ende, los liderazgos se vieron reducidos básicamente por la intimidación y la cooptación de espacios y las relaciones comunitarias se empezaron a afectar por la desconfianza y el miedo. Por ello, en Barrio Nuevo no hubo procesos organizativos que adelantaran a su vez, procesos políticos y menos, que se llevaran a cabo acciones colectivas para responder al accionar paramilitar.

Entonces, los habitantes de Barrio Nuevo aprendieron a vivir en su territorio a pesar de la violencia y la presencia de los paramilitares en el trasegar cotidiano; a través de acciones individuales, familiares, y en menor medida colectivas, desde los espacios íntimos como el hogar, el pensamiento y la corporalidad y desde los espacios públicos se constituyeron formas de resistencia que apuntaron a un elemento esencial, hacerle frente al control paramilitar desde la cotidianidad, lo que a su vez permitió la permanencia en el territorio y la supervivencia de sus habitantes.

Por esa razón, aunque se haya desplegado el proyecto paramilitar en un sentido social y político, y haya “triunfado” de manera parcial en tanto hubo dominio territorial, se estableció un orden alterno en que se modificaron las relaciones interpersonales, de socialidad y se obstaculizaron los procesos políticos comunitarios, y aunque hayan logrado legitimarse, en tanto hubo simpatías con algunos habitantes de la vereda, el mayor logro de los habitantes de Barrio Nuevo fue que reaprendieron a vivir en su territorio, pese a la presencia de este grupo, ellas y ellos buscaron preservar la vida a partir de lo cual se ingeniaron acciones y estrategias desde la individualidad para resistir.

Barrio Nuevo de este modo es un ejemplo de que se puede resistir sin hacerlo consciente y sin la necesidad de la organización comunitaria convencional¹⁰ y no por ello carece de un sentido político, todo lo contrario, resistir desde la cotidianidad implicó hacerle frente día a día al control y a la dominación; pareciera paradójico, pero de manera indirecta, la presencia de los paramilitares y su accionar permitió que las personas hicieran consciente el aprecio por el territorio y que tomaran la decisión de permanecer y sobrevivir ante el conflicto armado y que, al hacerlo, resistieran.

De ahí que las acciones de resistencia en esta vereda fueran diversas, particulares y profundas para quienes las llevaron a cabo. Las transacciones, la solidaridad comunitaria, la fe

¹⁰ Por ejemplo, la constitución de las Juntas de Acción Comunal

y la espiritualidad, los cambios íntimos y del hogar, las acciones cotidianas como transitar nuevos caminos o las de responder de manera abierta y contestataria, la siembra y el cuidado de la vida en varios ámbitos y los procesos de liderazgo, no le hicieron frente de manera directa a la disputa por el territorio, a los enfrentamientos entre guerrillas y paramilitares o a la violencia agenciada por los últimos de manera directa o intencionada, pero sí resistieron ante el control paramilitar en el ámbito social y político, que se dio una vez este grupo armado consiguió ejercer dominio territorial, es decir, hubo un rechazo pasivo a los controles cotidianos.

Los paramilitares no hicieron que las personas emprendieran la huida o que quisieran hacerlo, de hecho, éste nunca fue el propósito de los paramilitares pues militarmente necesitaban de la presencia de las personas en el territorio; tampoco lograron modificar sus identidades e imponerse completamente. Siguiendo a profesora María Teresa Uribe (2006) los controles llevados a cabo por los operadores de la violencia no lograron imponer sus mandatos y prohibiciones completamente sobre la población, más bien, lo que generaron fue diversas formas de resistencia, pues ésta es parte constitutiva del ejercicio del poder, como se evidencia en Barrio Nuevo.

Quinto Capítulo: Consideraciones finales

“Cada persona, desde su entorno particular, tiene la posibilidad de dejar una huella a favor de la paz y de la construcción de una ciudadanía fundada en una mirada lúcida y comprometida con la transformación de nuestro pasado violento; o puede transitar por la vida como un barco sin brújula que navega empujado por los vientos violentos que otros hacen soplar” María Emma Wills Obregón, 2018.

Después de identificar las formas de consolidación de los actores paramilitares en la vereda Barrio Nuevo, luego de describir las acciones de resistencia social de los habitantes de la vereda y de analizar la configuración de éstas durante el período 1995-2005, se concluye lo siguiente:

Los paramilitares llegaron al municipio de Liborina y a la vereda de Barrio Nuevo en la mitad de la década de los noventa con el objetivo principal de llevar a cabo un proyecto político-militar en el territorio, ser el actor dominante en la zona y de este modo cumplir con la finalidad de establecer un orden alterno al ya construido en la comunidad y controlar a la población en

el ámbito social y político. De este modo, las territorialidades previamente existentes se transformaron, es decir, a partir de la presencia de los paramilitares hubo una reorganización del territorio, de su percepción y de la forma de habitarlo, por lo que también hubo una afectación directa hacia los habitantes de la vereda en los ámbitos sociales y políticos; los paramilitares incidieron en la vida comunitaria y privada, en los procesos organizativos, políticos y comunitarios de la vereda.

Ahora bien, los paramilitares en el momento en que intentaron ganarle el territorio a las guerrillas para así llegar a controlar social y políticamente a los habitantes de la vereda de Barrio Nuevo, dieron paso a una serie de estrategias y medios orientados a la consecución de aquel fin. Se valieron de instrumentos como el miedo, la amenaza, la estigmatización y el asesinato para incidir o modificar el comportamiento de los habitantes de la vereda, pero también lo hicieron con la intención de legitimarse y vincularse con los valores y creencias individuales y colectivas que dotaron de base a la obediencia, a partir de la cooptación de los espacios físicos y simbólicos del territorio. Con su presencia y acción, los paramilitares alteraron las dinámicas de la vida cotidiana de las personas, puntualmente en las dimensiones de la movilidad, el encuentro, el disfrute, y las reglas de comportamiento.

De este modo, las relaciones desiguales de poder instauradas a partir de la llegada de los paramilitares a Barrio Nuevo, se tradujeron en acciones y estrategias cotidianas y sutiles de resistencia de los habitantes de la vereda que le hicieron frente al control paramilitar. Las personas no resistieron directamente a la disputa por el territorio, los enfrentamientos con la guerrilla o las acciones violentas. Como una forma de permanecer en el territorio y también de salvaguardar su vida y la de sus familiares, los habitantes de Barrio Nuevo resistieron al control en el ámbito social y político que llevaron a cabo los paramilitares.

Así, a partir de acciones y estrategias se consolidaron tres formas de resistencia en la vereda: la resistencia transaccional, la resistencia de permanencia y la resistencia contestataria. En las dos primeras formas los pobladores asumieron frente al orden, el control y la violencia un tipo de “acomodamiento” que debe diferenciarse de la resignación a la guerra, mediante lo cual se dieron transacciones, negociaciones o hubo una adecuación de la vida cotidiana en torno al control paramilitar, sobre todo, fue un ejercicio individual más que colectivo de resistencia sutil.

El “acomodamiento” debe diferenciarse de la resignación a la guerra o al sometimiento total de la población ante los grupos paramilitares, pues en la vereda hubo lugar para las acciones y estrategias de resistencia que no se hicieron manifiestas, sin embargo, la resistencia contestataria, aunque en menor medida, dio cuenta de que también hubo lugar para la confrontación directa entre habitantes de la vereda y paramilitares.

En conclusión, las formas de resistencia en Barrio Nuevo fueron en su mayoría manifestaciones ocultas, llevadas a cabo por los habitantes de la vereda y las personas directamente afectadas por los hechos victimizantes. Estas manifestaciones en muchos casos fueron ignoradas, inconscientes, difíciles de reconocer e identificar, pero se ejecutaron en contra del ejercicio del poder, el control y la dominación de los paramilitares, pero por sobre todas las razones y causas, fueron acciones y estrategias que se configuraron en torno a dos elementos fundamentales: permanecer y supervivir en el territorio donde crecieron y del cual, siempre han hecho parte.

De ahí, la importancia de reconocer y darle un lugar a las identidades y al vínculo emocional que las personas a lo largo de la vida pueden generar con los espacios que habitan, vínculo que no es una banalidad y se constituye en un hecho político. El territorio se convierte en un espacio construido y configurado socialmente, que vincula la historia, los procesos económicos, políticos y culturales que allí tienen lugar, pero de manera más profunda, el territorio y sus dimensiones involucra las construcciones de los sujetos políticos, construcciones permeadas por las emociones, los símbolos, el poder, la lucha por el mismo, los sueños, las convicciones, que dan paso a múltiples acciones, entre ellas, las de la resistencia cotidiana.

Ahora bien, los paramilitares convivieron en los espacios políticos, culturales y familiares del territorio y con el paso del tiempo fueron ganando legitimidad por parte de los habitantes de la vereda, lo que no implicó una adhesión voluntaria o forzada al grupo armado. Es importante mencionar que, aunque hubo un acomodamiento en donde las personas aprendieron a vivir con los actores armados, algunos de los habitantes de la vereda tuvieron una distancia crítica con éstos, no establecieron lazos fraternos con ellos, por lo cual se puede afirmar que estas personas evitaron ser y pensar como ellos.

En este orden de ideas, no todos los habitantes de la vereda fueron contrarios al orden, el control y la presencia de los paramilitares en su territorio, de hecho, como se mencionó en el

segundo capítulo, hubo simpatía entre habitantes de la vereda y miembros de los paramilitares. Lo anterior conduce a reflexiones como la siguiente:

En los procesos de construcción de paz, en los estudios sobre memoria del conflicto armado, concebir al paramilitarismo exclusivamente como los paramilitares, es reducirlo a un grupo de personas que tienen un objetivo militar, y si se quiere económico, pero el paramilitarismo es mucho más amplio, implica una forma de concebir el orden, tiene constructos morales, tiene objetivos y finalidades políticas y sociales.

Finalmente

no basta con desmantelar los grupos armados. Especialmente en lo que corresponde al paramilitarismo, deben atacarse las ideologías que pregonan y legitiman su violencia y develar la responsabilidad de actores sociales y políticos, dominantes y subalternos, que avalan esa violencia y se benefician de ella. El paramilitarismo no son solo los paramilitares. (Perdomo, 2022).

La guerra no sólo es sangre derramada, cuerpos mutilados o vidas eliminadas violentamente. Las dinámicas del conflicto armado se han transformado, los intereses de quienes tienen las armas —que no son los únicos que participan de la guerra— han entendido que “ganarla” cada vez tiene que ver menos con las confrontaciones armadas entre ejércitos o ataques directos hacia las personas. Es decir, quienes hacen la guerra no sólo tienen objetivos militares, ahora más que antes tienen la intención de instaurar un “proyecto” político y social en los territorios.

Así, estamos llamados a 1) interpelarnos por las formas de la violencia derivada del conflicto armado y que han sido más opacadas; una de esas formas tiene que ver con el control en y sobre los territorios, la dominación y la legitimidad de la cual gozan los actores armados en los espacios físicos y simbólicos y 2) identificar nuevamente los partícipes del conflicto armado, pues entre la sociedad civil también se encuentran responsabilidades en las simpatías, avales o aprovechamientos de las acciones de los grupos armados.

Es válido, además, preguntarse si exclusivamente ha sido la sociedad organizada el principal agente de transformación de las realidades de la guerra, pues en muchos territorios en los cuales han tenido presencia los actores armados, el control ha sido tal que las mismas formas de organización social, política y económica se han visto perjudicadas o no han existido, incluso, han sido eliminadas. Sin embargo, se han buscado las formas de hacerle frente a la violencia,

al control y al dominio, es decir, las personas a partir de sus condiciones y posibilidades han buscado la manera de resistir, sobrevivir y permanecer en sus territorios.

Referencias

- ACNUR. (2018). ¿Qué es un conflicto armado según el Derecho Internacional Humanitario?. Recuperado de: https://eacnur.org/blog/que-es-un-conflicto-armado-segun-el-derecho-internacional-humanitario-tc_alt45664n_o_pstn_o_pst/
- Águila. R.(2008). Poder, legitimidad y violencia. *Manual de Ciencia Política. Ed. Trotta*. Recuperado de: [_https://es.scribd.com/doc/267798545/Manual-de-Ciencia-Politica-Rafael-Del-Aguila#](https://es.scribd.com/doc/267798545/Manual-de-Ciencia-Politica-Rafael-Del-Aguila#)
- Alonso, M., & Vélez, J. (1998). Guerra, soberanía y órdenes alternos. *Estudios Políticos*, (13), 41-71. Recuperado de: <https://revistas.udea.edu.co/index.php/estudiospoliticos/article/view/16281/14113>
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), Los caminos de la memoria histórica, Bogotá, CNMH.
- Conciudadanía. (2016). *Recordar para Reconstruir. Memoria Histórica del conflicto armado en el municipio de Liborina (Antioquia)*.
- Gil, M. (2009). PARAMILITARISMO Y CONFLICTO URBANO. Relaciones entre el conflicto armado político armado nacional y las violencias preexistentes en la ciudad de Medellín: 1997-2005. [Tesis de maestría]. Universidad de Antioquia. Recuperado de: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/iep-udea/20100615020315/TesisMaxGil.pdf>
- Giraldo, J. (2015). Política y guerra sin compasión. Comisión histórica del conflicto y sus víctimas. Universidad EAFIT. Recuperado de: <http://www.indepaz.org.co/wp-content/uploads/2015/02/Version-final-informes-CHCV.pdf>

Gonzalez, F., & Otero, S. (2006). *La presencia diferenciada del Estado: un desafío a los conceptos de gobernabilidad y gobernanza*. Institut-gouvernance.org. <http://www2.institut-gouvernance.org/es/analyse/fiche-analyse-237.html>

Gutiérrez, S. (2015). ¿Una historia simple? Comisión histórica del conflicto y sus víctimas. Recuperado de: <http://www.indepaz.org.co/wp-content/uploads/2015/02/Version-final-informes-CHCV.pdf>

Holguín, A., Salazar, E., Varela, J. y Angulo, M. (2017). Significados de la guerra y la paz para las víctimas del conflicto armado del área urbana y rural en los municipios de Santa Fé de Antioquia y Buriticá. Trabajo de grado. Universidad de Antioquia.

Kalyvas, S. (2001). La violencia en medio de la guerra civil: esbozo de una teoría. *Análisis político*, (42), 3-25. Recuperado de: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anpol/article/view/75294/67907>

Kalyvas, S., Arjona, A. (s.f). El poder paramilitar. Paramilitarismo: una perspectiva teórica. Recuperado de: http://anamarjona.net/docs/Arjona_Kalyvas_Paramilitarism.pdf

Llanos, L. (2010). El concepto de territorio y la investigación en las ciencias sociales. Agricultura, sociedad y desarrollo, ciudad de México, septiembre – diciembre 2010. Pp. 207-220. Recuperado de: <http://www.scielo.org.mx/pdf/asd/v7n3/v7n3a1.pdf>

López, A. (2011). El peñol. *Crónica de un despojo*. CONFIAR.

Maya, M., Muñetón, G. y Horbarth, J. (2017). Conflicto armado y pobreza en Colombia. Apuntes del CENES. Vol. 37-N°65. Recuperado de: <https://revistas.uptc.edu.co/index.php/cenes/article/view/5460/7989>

Osorio, F. (2001). Entre la supervivencia y la resistencia. Acciones colectivas de población rural en medio del conflicto armado colombiano. *Cuadernos de desarrollo rural*, (47). Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/117/11704703.pdf>

Peña Reyes, L. B., (2008). Reflexiones sobre las concepciones de conflicto en la geografía humana. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, (17), 89-115.

- Peña, L. (2019). Paz territorial: conectando imaginación moral e imaginación geográfica. Instituto CAPAZ.
- Perdomo, L. (2019). La incursión del paramilitarismo en la U de A durante los años 90: Afectaciones de la ciudadanía y la democracia estudiantil.
- Pimienta, A. (2007). El conflicto armado en clave local: resignificando la ciudadanía. *XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara. Recuperado de: <https://cdsa.aacademica.org/000-066/1573>
- Salas, L. (2015). “Lógicas territoriales y relaciones de poder en el espacio de los actores armados: un aporte desde la geografía política al estudio de la violencia y el conflicto armado en Colombia, 1990-2012”. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía* 24:157-172. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/rcdg/v24n1/v24n1a11.pdf>
- Sandoval, E. A. (2018). *Etnografía e investigación acción intercultural para los conflictos y la paz. Metodologías Descolonizadoras*. Editorial Alfonso Arena, F.P. <https://www.academia.edu/38264193>
- Scott, J. (2000). Los dominados y el arte de la resistencia. México: Era, S. A de C.V.
- Torres, A. (2004). Por una investigación desde el margen. *La Práctica Investigativa En Ciencias Sociales*, 63–82. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/dcsupn/practica.pdf> [Memoria individual,+memoria+colectiva+y+memoria+histórica.+&ots=DqAoQyBz-L&sig=d9TvlcVDNqiwftZafIBGQPBlkw](http://www.memoriaonline.com/individual/memoria-colectiva-y-memoria-historica.ots=DqAoQyBz-L&sig=d9TvlcVDNqiwftZafIBGQPBlkw)
- Uribe, M. (1997). Antioquia: entre la guerra y la paz. *Estudios políticos*. No.10. Medellín, Enero-Junio 1997.
- Uribe, M. (1999). Las soberanías en disputa: ¿conflicto de identidades o de derechos?. *Estudios Políticos*. No. 15. Medellín, Julio-Diciembre 1999.

Uribe, M. (2006). Notas preliminares sobre resistencias de la sociedad civil en un contexto de guerras y transacciones. *Estudios Políticos*. No. 29, 63-78. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/117/11704703.pdf>

Vázquez, T. (2007). Esbozo para una explicación espacial y territorial del conflicto armado colombiano. Ponencia interna ODECOFI, Bogotá. Recuperado de: <https://centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/CatedraBY/presentaciones/Sesion-6/explicacion-espacial-territorial-conflicto-armado-colombia.pdf>